

El Arte

DA EN EL BLANCO

las formas estéticas de la violencia

**Historias de las agresiones
contra el ser policial, contadas por las artes**



El Arte

DA-EN EL BLANCO



Créditos

GENERAL

WILLIAM RENÉ SALAMANCA RAMÍREZ
Director General Policía Nacional

BRIGADIER GENERAL

NICOLÁS ALEJANDRO ZAPATA RESTREPO
Subdirector General Policía Nacional

BRIGADIER GENERAL

WILLIAM OSWALDO RINCÓN ZAMBRANO
Jefe Unidad Policial para la Edificación de la Paz
(UNIPPEP)

CORONEL

LURANGELI FRANCO RODRÍGUEZ
Subjefe Unidad Policial para la Edificación de la Paz
(UNIPPEP)

MAYOR

JAIR ALVEIRO BENAVIDES PLAZAS
Jefe Área Víctimas y Memoria Histórica

MAYOR

ANGÉLICA LORENA SALAZAR TIBAQUIRÁ
Supervisor del Proyecto

Grupo de Memoria Histórica Institucional

CAPITÁN

SANDRA PAOLA USECHE CÁRDENAS
Jefe Grupo Memoria Histórica Institucional
(UNIPPEP)

INTENDENTE

WILLIAM FERNANDO RODRÍGUEZ AYALA
Gestor de Memoria Histórica Institucional

SUBINTENDENTE

FRANKLIN ANDRÉS MOSQUERA RESTREPO
Recolector de Memoria Histórica (UNIPPEP)

INVESTIGADORA PRINCIPAL Y ESCRITORA

MARÍA VICTORIA PÉREZ POVEDA
Comunicadora social, periodista y Magíster en
Estudios Políticos

IMÁGENES E ILUSTRACIONES

Fotografía

SERGIO MARTÍN CAMELO ORTIZ
MARÍA VICTORIA PÉREZ POVEDA
CAMILO JOSÉ GIRALDO CERA

Diseño e Impresión

Imprenta Nacional de Colombia

ISBN: 978-958-8698-39-7

El Arte

DA-EN EL BLANCO

las formas estéticas de la violencia

**Historias de las agresiones
contra el ser policial, contadas por las artes**



“ El arte no reproduce
aquello que es visible sino
que hace visible aquello
que no siempre lo es ”

Paul Klee

Paul Klee: pintor alemán nacido en Suiza, cuyo estilo varía entre el surrealismo, el expresionismo y la abstracción (1879-1940).

Mujer rota y caja de cartón

Óleo sobre tela. 1,90 x 4,40 m

2000, Germán Londoño



Contenido

8 *Dedicatoria*

13 *Editorial*

19 *Prólogo*

31 *Palabras jefe UNIPEP*

34 *Padre e hijo regresando a casa*

45 *Biografía Germán Londoño*

51 *Entrevista Germán Londoño*

62 *Galería de la memoria*

68 *Los frutos de la restauración*

<i>El silencio después de una explosión</i>	76
<i>La isla de la soledad</i>	86
<i>La memoria del olvido</i>	98
<i>Huyendo del cazador</i>	108
<i>El vikingo de la policía</i>	116
<i>Sobreviviendo a la explosión del terror</i>	130
<i>Contar pasos hacia la esperanza</i>	140
<i>Insignias del perdón</i>	152



Dedicatoria

“Confieso que no sé porqué, pero mirar las estrellas siempre me hace soñar”, es una frase del pintor neerlandés Vincent Willem Van Gogh que permite entender la facultad mediadora del arte como catalizador de la sensibilidad a la hora de reinterpretar la realidad, ya sea la fascinación del sentimiento que genera una noche iluminada por estrellas o el sentimiento desgarrador que produce la fatalidad de la muerte inesperada de un hijo.

El arte permite silenciar la mente, apartarnos del ruido que genera tanta información y la prisa cotidiana para conectar corazones y poder “ver, a través del sentir”. Bajo esta concepción, la Unidad Policial para la Edificación de la Paz (UNI-PEP) invitó a Germán Londoño, un artista colombiano que hace más de dos décadas había generado provocadoras visiones sobre la violencia del conflicto en su serie pictórica y escultórica “Como un río de sangre” (2000), para conocer su perspectiva sobre la violencia, la resiliencia y la fortaleza interior —desde su natal ciudad de Medellín—, a partir de la ejecución de una obra artística creada en tiempo real, mientras se reflexionaba sobre varios hechos victimizantes en contra del ser policial. Nuestro mayor deseo era ahondar en “el sentir del artista como testigo” y rendir tributo a las víctimas.





Simultáneamente, nos propusimos en esta línea “estética y ética”, dignificar y visibilizar el testimonio de policías víctimas del conflicto, mediante el descubrimiento de tesoros ocultos contenidos en objetos personales —facilitados por ellos mismos— para construir “una galería de la memoria”, y de crónicas que desembocan en la reflexión de hechos victimizantes, como ha sucedido con los casos de construcción de memoria histórica de Auschwitz, del 11-S y de experiencias similares en Sudáfrica, Centro y Suramérica, donde víctimas y victimarios se han dispuesto a enfrentar trágicas experiencias para hacer que la sociedad expanda su conciencia ante la comisión de hechos de lesa humanidad.

Durante el proceso de construcción de este documento, tras llevar a cabo la investigación necesaria, un evento impactante alteró el curso de los acontecimientos: mi propia enfermedad durante la pandemia del COVID-19. Lo cual me llevó a escribir este libro desde el lecho de un hospital, sometida a cuidados médicos críticos y experimentando la pérdida de algunos de mis órganos. No obstante, encontré la fortaleza y valentía en el Eterno para narrar estas historias y asumir el dolor de los policías como si fuera el mío propio. De hecho, el artista Germán Londoño, elaboró una pieza pictórica que ilustraba la situación dramática que me estaba aconteciendo; obra que doné personalmente a la Unidad Policial para la Edificación de la Paz (UNIPPEP). Posteriormente, logré recuperarme lo suficiente como para dejar el hospital y colaborar con el equipo editorial en la culminación de esta obra, un diamante que se forjó en el umbral entre la vida y la muerte.



En este sentido, “*El arte da en el blanco. Las formas estéticas de la violencia. Historias de las agresiones contra el ser policial, contadas por las artes*”, como propuesta literaria y audiovisual nos revela que el arte es una actividad esclarecedora y sanadora, que nos conduce a enriquecer la forma de ver a otros y de vernos a nosotros mismos. Esa es mi herencia personal como escritora a los policías víctimas del conflicto, al poseer un sentir inspirado por el Eterno, en las tragedias y vivencias de una de las carreras de mayor riesgo a nivel mundial: la de ser policía.



María Victoria Pérez Poveda.¹
Investigadora principal y escritora



¹ Comunicadora Social, Periodista, Especialista en Resolución de Conflictos y Magíster en Estudios Políticos. Se ha desempeñado como asesora discursiva y argumental del Alto Mando Institucional de la Policía Nacional de Colombia durante las últimas dos décadas. Así mismo, ha sido escritora en la Presidencia de la República, el Ministerio de Cultura y la Alcaldía Mayor de Bogotá. En la Fuerza Pública, por su trayectoria investigativa en la Policía Nacional, ha sido reconocida como miembro de la Academia de Historia Policial, en calidad de escritora, investigadora y documentalista “en terreno” con el propósito de ahondar en la reconstrucción testimonial y narrativa de sus protagonistas, con motivo de los hechos acaecidos durante el conflicto armado.

En el Área de Historia, Memoria Histórica e Historia de la UNIPEP se ha desempeñado como co-investigadora de las publicaciones: “Policía, narcotráfico y crimen” y “Policía, bandoleros y guerrilla” (2017-2018). Sin embargo, su mayor mérito en esta unidad ha sido su desempeño como investigadora principal, escritora del libro y guionista del documental: “Mitú, la noche de los jaguares (1998-2018)”; obra que mereció el reconocimiento del Tucán de Oro y la condecoración de la Orden Civil Tomás Caicedo Huerto, por la contribución al conocimiento de la región Amazónica (2018). De hecho, la producción fotográfica del libro fue galardonada con el premio “Oigo Paz” otorgado por la Universidad de Göttingen (Alemania) y su producción editorial reconocida por la Embajada de ese país.

Recientemente realizó para la Armada Nacional de Colombia, la investigación principal y el guion literario del documental “Invictos” (2020). Se desempeñó en la Dirección de Conocimiento de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición, como escritora e investigadora. Actualmente junto con profesores y equipos investigativos de la Armada Nacional de Colombia y la Universidad Santo Tomás, es la encargada de la construcción de guiones documentales sobre el rol de dicha institución en el litoral Pacífico. Cabe destacar que, en la construcción de estas narrativas históricas, también ha fungido como investigadora y escritora del libro “Las aguas profundas de San Juan de Arama” de la UNIPEP, para la dignificación y visibilización de los policías víctimas del conflicto interno armado. Correo electrónico: mvictoriaperez777@gmail.com.





Fantasma colombiano

*Óleo sobre cartón. 0,25 x 0,14 m
1999 - 2000, Germán Londoño*



Editorial

CONTRIBUCIONES DEL ARTE A LA CONSTRUCCIÓN DE LA PAZ

General
William René Salamanca Ramírez
Director General Policía Nacional



Reconocer la condición de víctima de los miembros de la Fuerza Pública durante el conflicto armado no internacional en Colombia, no solo dignifica al ser humano, sino que genera un reconocimiento real y simbólico por su sacrificio, a favor de un país que ha tomado conciencia en la defensa y protección permanente de la vida e integridad personal. Por esta razón, a través de la Ley de Víctimas 1448 de 2011, el Estado dio un paso trascendental en la promoción, acompañamiento y difusión de iniciativas que permitieran conocer y divulgar el relato de las víctimas de graves violaciones a los derechos humanos e infracciones al derecho internacional humanitario.

Dada esta responsabilidad y bajo el amparo del decreto reglamentario, asociado a la reparación simbólica, el cual “comprende la realización de obras u actos de alcance o repercusión pública dirigidas a la construcción y recuperación de la memoria histórica, el reconocimiento de la dignidad de las víctimas y la reconstrucción del tejido social”, se llevó a cabo la investigación: “El arte da en el blanco. Las formas estéticas de la violencia. Historias de las agresiones contra el ser policial, contadas por las artes”, para “amplificar y hacer audible la voz” de personas que, siendo víctimas, necesitan ser escuchadas y visibilizadas, gracias a las herramientas que brinda el arte como medio para la reconciliación y la paz, teniendo en cuenta que las prácticas estético-artísticas hacen parte de las expresiones simbólicas que facilitan transitar duelos y la resistencia social,

Jardín y fantasma de muerte
Óleo sobre madera. 36 x 26 cm
2000, Germán Londoño



ante la probabilidad de la impunidad. A su manera, y desde cada perspectiva, los artistas siempre han narrado intergeneracionalmente el conflicto. Así lo demuestran las fotografías de Jesús Abad Colorado y “Los sudarios” de Erika Diettes, quienes han plasmado en sus obras las trágicas experiencias de las víctimas. De otra parte, se destacan las producciones artísticas en las que participan las mismas comunidades, tales como las “Tejedoras de Mampuján”, en los Montes de María. Recordemos que en estos y otros casos, el artista, más que un creador, es un gestor cultural y un testigo o protagonista directo de las más duras experiencias del conflicto.

En efecto, la génesis de la obra de arte se ancla en la necesidad de vencer el olvido con relatos, contextos y narraciones que no son lineales, sino que presentan la posibilidad de una lectura inagotable de los hechos acaecidos y de sus consecuencias sobre las personas.

En este marco conceptual, las obras de Germán Londoño —nuestro artista invitado de honor—, evidencia el papel, la ofrenda y el sufrimiento de policías víctimas del conflicto, al exponer las heridas abiertas de la agresión contra el ser humano, retomando la exposición de la serie pictórica y escultórica titulada “Como un río de sangre”, que marcó un derrotero en la visión subjetiva de la violencia en Colombia, en el Museo de Arte Moderno de Bogotá, durante el año 2001. En un ejercicio único, dos décadas después, el artista realiza reflexiones sobre varios hechos de violencia, mientras ejecuta magistralmente una obra de arte que remite a los sufrimientos del ser policial, retomando la semblanza de la obra “Padre e hijo regresando a casa”, gracias a que el arte es un despertar de la conciencia, al permitirnos unir los puentes del pasado con el presente, en este caso, del policía colombiano. A la par de esta reflexión, la investigación direccionada por la Unidad Policial para la Edificación de la Paz (UNIPPEP), rescata el valor, la trascendencia y la memoria de varios objetos simbólicos que pertenecen a policías víctimas del conflicto, y que fueron transformados en obras dignas de admirar, gracias a una producción ilustrativa de impacto y a la sensibilidad que solamente el arte puede transmitir para conectarnos con la realidad y el servicio que nuestros policías, por generaciones, han prestado con denuedo, coraje y gran sacrificio nuestros policías.

Dios y Patria.

Madre e hijo contemplando una mañana perfecta

Óleo sobre tela. 1,75 x 2 m

2000, Germán Londoño





“ Es mi deber expresar los sufrimientos de las personas, los sufrimientos que nunca terminan y que son tan grandes como las montañas ”

Käthe Kollwitz

Käthe Kollwitz: grabadora, pintora y escultora alemana. El rechazo a la explotación, la denuncia de la pobreza y la violencia de las guerras de su contexto, así como la pérdida de un hijo durante la Primera Guerra Mundial, marcaron la producción de sus obras. (1867-1945).

Hombre contemplando fantasmas de guerra (díptico)

Óleo y lámina de oro sobre tela. 1,75 x 2,20
2000, Germán Londoño







Prólogo

Nació en Medellín en 1978. Estudió Administración de Empresas en la Universidad de los Andes, se especializó en Mercadeo Estratégico en el CESA y realizó un Executive MBA en Kellogg School of Management. Fue Vicepresidente de Mercadeo del Grupo Éxito entre 2008 y 2018. Vive en Bogotá. Es empresario y experto en temas de mercadeo e innovación. Entre sus mayores logros está la producción ejecutiva de “Colombia, magia salvaje”, la película colombiana más taquillera en la historia; así mismo ha sido autor de los libros “Conversaciones con el Fantasma”, “50 años de historia del arte en Colombia” y “Memorias militares”, publicados por editorial Planeta. Actualmente es director y productor del documental y el libro “Leyenda Viva”, en el que se propone hacer un homenaje a los compositores de la música vallenata.



Martín Nova

Fotógrafo: Pablo Salgado.

Cuando recibí una llamada de María Victoria Pérez, investigadora y escritora del libro “El arte da en el blanco, las formas estéticas de la violencia. Historias de las agresiones contra el ser policial contadas por las artes”, para proponerme redactar un corto texto como las letras introductorias, dudé en aceptarlo. Pensé que había muchas personas mejor calificadas para hacerlo, por su conocimiento del arte (críticos, curadores, historiadores y demás), y por su conocimiento del conflicto en Colombia y sus víctimas, entre ellas miles, y miles de soldados y policías de Colombia. Pero son temas que están en nuestras vidas y no son ajenos para nadie que quiera mirar, mirar bien, y leer, y ambos asuntos han estado presentes en mis intereses editoriales recientes (*Conversaciones con el Fantasma*, Crítica, 2017. *Memorias Militares*, Planeta, 2022). El arte ha sido por siempre una manera de reflexionar y dejar memoria.

En Colombia, la herida que nos ha dejado la violencia de décadas no ha sanado, y no cabe duda de que tampoco está sanando. Pareciéramos ser, como en esas relaciones destructivas, un país destinado a estar



sumergido en este eterno espiral de violencia de la que no sabemos ni queremos salir. ¿Cuál es el rol del arte en un país que no para de sangrar y del que siguen brotando torrentes como en un río de sangre?

Germán Londoño es un artista versátil y prolífico (pintor, escultor, dibujante), trabajador incansable y ambicioso desde su extraordinario taller en un barrio popular de Sabaneta (Antioquia). Lo conozco desde mi niñez cuando él visitaba *Takna*, la casa de mis abuelos maternos, y donde Germán, ya adulto y artista reconocido, se perdía con los mayores a experimentar con óleos, acrílicos y piroxilinas en ese ambiente, en el estudio de arte que tenía la casa.

Su fuerza como artista *“la da su compenetración con lo que realiza, sus búsquedas exhaustivas, el conocimiento que posee de la historia del arte, el respeto por los grandes maestros, su creatividad y dominio del oficio”*, escribió Leonel Estrada para la primera exposición de Germán en la Galería de la Oficina en Medellín, de Alberto Sierra, en 1989 (luego con los años vendrían algunas peleas entre Londoño y Sierra, que servirían para un ensayo analizando la relación galerista/curador y artista en términos de construcción y destrucción, pero eso es tema para otro momento).

Yo hoy complementarí­a esas palabras de mi abuelo Leonel diciendo que su grandeza como artista no es esa evidente maestría, ese dominio del oficio, su capacidad artesana, su conocimiento y explosivo manejo del color, de las formas, de las pastas y brochazos que crean volúmenes y texturas, el manejo de las proporciones milimétricas y geométricas que estudia con detalle, ni su versatilidad y experimentación, o el título poético con el que bautiza sus obras, o ese profundo conocimiento por los grandes maestros de la pintura universal, fruto del

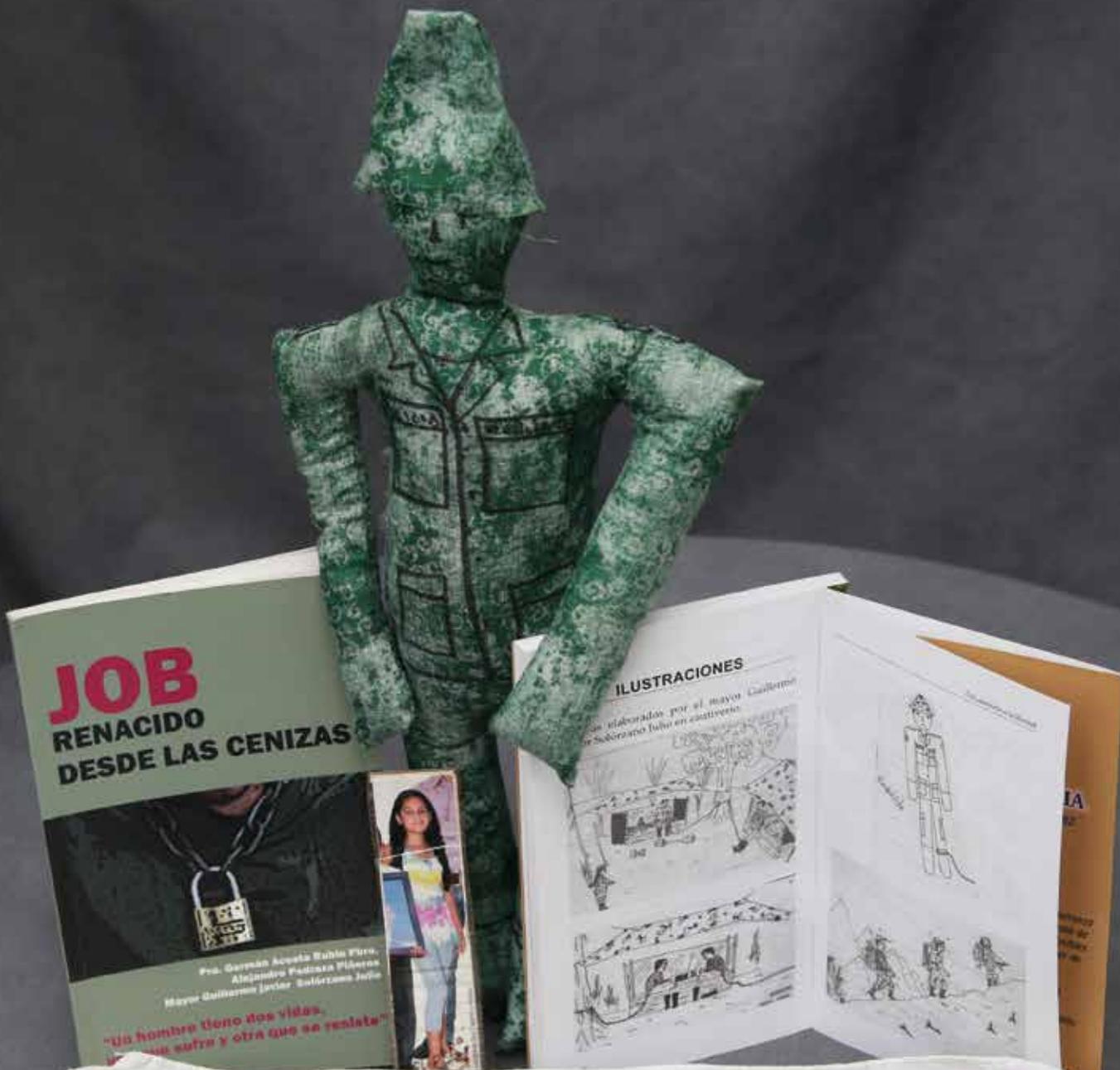
estudio a través de su carrera y de las visitas de observación a los museos del mundo, maestros que respeta como nadie, ni en su dedicación y pasión por su oficio. Diría que su grandeza como artista radica en su capacidad de abstraer la realidad y crear imaginarios y mundos que antes no existían, llenos de monstruos y figuras descabezadas, descuartizadas y adoloridas, sexuales y mitológicas; a través de su visión y reflexión del mundo en el que nació y que lo rodea. *“Yo no pinto la violencia, pinto ante todo la belleza dentro de la violencia”*, dice Londoño, frase que muchos no entenderán, y que luego complementa: *“¿Por qué?, porque las situaciones que aparecen en estos cuadros, los que están relacionados con este tipo de temas, no tienen la obligación de ilustrar nada concreto, ningún acontecimiento en particular”*. Londoño no señala, no apunta, no nombra, no pontifica; Londoño se limita a mostrarnos el dolor y logra estremecernos, evidencia la crueldad humana y nos recuerda y lleva al pasado y al futuro mediante sus figuras desmembradas y sin cabeza, en sus complejos mundos imaginarios a la manera del Bosco o de Dante Alighieri, pero que nos evocan a mundos reales y cercanos en el tiempo, en los que no queremos vivir de nuevo.

Así lo dijo Álvaro Medina en 1997, cuando Londoño ya hablaba de la “vida y sin razón de los fantasmas” en una brillante exposición en la desaparecida Galería Garcés Velásquez: *“¿Es que por ventura Germán Londoño es un genio?, se debe estar preguntando algún lector asombrado. Respuesta: nada de eso, Londoño es simplemente un artista sensato. Su sensatez consiste en haber sabido situarse en su propio contexto, Colombia, Antioquia, Medellín y su estudio en el barrio”*. ¿De qué fantasmas ha hablado Germán a través de toda su carrera?, nos preguntamos al ver su obra. Son esos fantasmas que nos han acompañado a los colombianos y que nos persiguen en las largas noches de silencio y soledad, de aquellos momentos que han ido





Guerrero mirando una perla
Serie: "Caballos Guerrero y desastres".
mixta sobre papel
2018, Germán Londoño



JOB RENACIDO DESDE LAS CENIZAS



Pro. Germán Acosta Rubio Furo,
Alejandro Padraza Páez
Mayor Guillermo Javier Salazar Jofe

"Un hombre tiene dos vidas.
Una que sufre y otra que se resiste"

ILUSTRACIONES

Elaborados por el mayor Guillermo Salazar Jofe en cautiverio



Todo lo puedo en tanto que me enfrento

quedando guardados en nuestra memoria colectiva de país y a los que nadie quiere regresar, pero que quedan allí plasmados en el arte para recordarnos de la dureza y la capacidad destructora y sin alma del ser colombiano. “*El delicado tema que tratan sus obras, tema que toca las más íntimas fibras de los colombianos por tratarse de la violencia política que amenaza aniquilarnos*”, dijo Gloria Zea, directora del MAMBO (Museo de Arte Moderno de Bogotá), al momento de abrir la exposición “Ríos de Sangre” (de la que trata este libro), sobre la que Eduardo Ramírez Villamizar añadiría: “*Su obra es un retrato aterrador de la autodestrucción y masacre en que está Colombia*”.

Artistas de todas las generaciones han dejado, para la memoria y la reflexión, por medio de la belleza, esa tortura de la violencia. Pedro Nel Gómez, Débora Arango, Carlos Granada, Fernando Botero, Alejandro Obregón, Beatriz González, Doris Salcedo, Juan Manuel Echavarría, Jesús Abad Colorado, Camilo Restrepo, por citar algunos pocos, no importa el medio en el que han trabajado o su generación, han llevado el

*Pertenencias del Mayor
Guillermo Javier Solorzano, policía
secuestrado por la extintas Farc.*

“La idea de confeccionar un muñeco que fuera mi compañero para lidiar la insoportable cárcel del silencio a la que había sido sometido, surgió de aquella película icónica protagonizada, por Tom Hanks, una joya clásica del cine titulada “El naufrago”, quien al verse en la más completa soledad creó un amigo imaginario llamado ‘Wilson’”.

desconsuelo a su trabajo, con ese ojo que ve más, que mira más allá, y que lleva a algunos ojos a reflexionar un poco más allá. Es difícil para nuestros artistas escapar de la realidad que hemos vivido y la reflejan en su obra. Y por ello, como lo dice María Victoria Pérez, la pertinencia de este libro que reflexiona sobre la importancia de la obra plástica como herramienta de memoria histórica, “*nos revela que el arte es una actividad esclarecedora y sanadora, que nos conduce a enriquecer la forma de ver a otros y de vernos a nosotros mismos*”.

Pregunté a Londoño sobre su participación en este libro y el por qué su importancia: “*Pudiera ser que el propósito de este libro sea el de recordarnos a todos que la voz del mal, del caos, está siempre susurrándonos al oído toda clase de sentimientos brutales que buscan sublevarse, materializarse, siendo necesario y obligatorio, reconocer y admirar constantemente a quienes preservan el orden, aun arriesgando su vida continuamente. Los héroes, hombres y mujeres de valor excepcional, están por todas partes, caminando, incluso, no muy lejos de nosotros, pero ¿los reconocemos? ¿Nos damos cuenta de eso? ¿Cuál es nuestra actitud general frente al Policía? Es una lástima*”. Como un río de sangre, 2001, fue una exposición en el Museo de Arte Moderno de Bogotá, MAMBO, donde Germán Londoño hizo una enorme reflexión sobre esos años tan oscuros que vivía Colombia —y no deja de vivir, pero muta—. Recuerdo muchas obras allí presentes y algunas de ellas que acompañan este libro.

Al recorrer sus páginas vuelven a mi memoria aquellos momentos y reflexiones con estas figuras incompletas, divididas y descuartizadas a través de los tres pisos del museo. “*Mujer rota y caja de cartón*”, “*Fantasma colombiano*”, “*Expresidentes contemplando un eclipse*”, “*Mujer orinando en un río*”, “*Niña mostrando su herida*”, “*Madre e hijas cruzando un río de sangre*”, “*Pareja encendida y río de oro negro*”, entre otras tantas figuras



que luego acompañarán a Londoño en la evolución de su carrera artística. Había allí también dos esculturas que no olvido: “*Hombre mirando a través de una ventana*”, una figura desgarradora, con los vidrios de alguna explosión de un carro bomba enterrados en el rostro de alguien que por casualidad en la seguridad de su casa *ventaneaba*, y “*Padre e hijo regresando a casa*”. Esta última, de madera, hierro y otros materiales de construcción, de apenas 45 centímetros, pero llena de dolor y tragedia. Un niño de pantalón corto, como cualquier niño de nuestros campos, llora mientras lleva bajo su brazo izquierdo la pierna de su padre de regreso a casa. Una pierna que aún lo sobrepasa en tamaño y que todavía tiene media y calzado. ¿Cómo no sentir un desconsuelo profundo en el corazón al ver la imagen de este niño gritando —o llorando— lleno de angustia, desolación, incertidumbre y tormento, por la muerte de su padre frente a una mina quiebrapatas, de aquellas tan comunes en la guerra, que nuestro país ha vivido? Al ver esta obra nos vemos a nosotros mismos y nuestra reacción dice más de nosotros que del artista. Somos lo que sentimos al observar estas imágenes dolorosas. El título ya nos dice el sufrimiento que trae, pero hay que saber mirar para entender. No es precisamente la maestría de la obra o su elaboración lo que nos toca el alma, no son sus colores tierra, sus materiales, sus proporciones, sus facciones, es el dolor que transmite y la imaginación que vuela. ¿Dónde sucedió?, ¿fue una mina?, ¿y el resto del cuerpo?, ¿murió?, ¿era policía, militar, campesino?, ¿quién fue el victimario?, ¿dónde sucedió?, ¿hay más casos cercanos similares a la familia del niño? Lo único que sabemos es que era el papá de un niño ahora huérfano, ¿qué fue del niño?, ¿hacia dónde vamos como país?, ¿qué podemos esperar de una sociedad que pone artefactos mortales o desmembradores a ver quién cae?, ¿cómo es esto posible?, ¿es esta una sociedad fallida?, ¿cómo explicarle a un niño que otro ser humano pudo haber hecho esto? Se transmiten tantos sentimientos como solo el arte sabe hacerlo. Al final de esta escultura, nos

queda en la memoria y el recuerdo su imagen imborrable, que yo sin duda sigo recordando tantos años más tarde. Es ese arte que deja huella.

Pasa con “*Padre e hijo regresando a casa*”, en 45 centímetros, algo similar a lo que sucede con el despampanante “contramonumento” y lugar de reflexión y casi peregrinación *Fragmentos* de Doris Salcedo, o con el enorme y desgarrador Memorial del 9/11 en Nueva York, o con el museo de la memoria el *Salón del Nunca Más* en Granada, Antioquia, que nunca olvidaré, o la exposición *El Testigo* de Jesús Abad Colorado en el Claustro San Agustín en Bogotá, que ha llevado masas de gente a visitarla nos llenan de emociones y sentimientos, que invitan y promueven a que la reflexión nos inunde. Es también “*Padre e hijo regresando a casa*” un homenaje a las miles de víctimas anónimas de este angustioso flagelo de los ríos de sangre colombianos. “Era el río de la violencia en Colombia, que es muy antiguo y se proyecta hacia el futuro, aunque yo no indicaba en ningún caso los actores, nunca los nombraba en concreto de ningún bando, nombraba más a las víctimas que son las que nos interesan y nos deben seguir interesando como sociedad (...) Las víctimas son el testimonio vivo de todo lo que ha pasado”, dice Londoño en este libro.

Ratificando lo que dice el artista, tenemos también en esta publicación los valiosos testimonios de miembros de la Policía como el Coronel Félix Andrés Vera, del General William Oswaldo Rincón, del Mayor Guillermo Javier Solórzano, del Intendente Luis Hernando Parra, de los patrulleros Jairo Alexander Hernández y Jonathan Stiven Duarte, los subintendentes Maicol González, y Ángel David Ruiz, y del Intendente Omar Eudoro Melo, a quienes debemos agradecer por su generosidad y valentía.

El medio es una herramienta, como la técnica y la maestría. Siempre está el mensaje y las reflexiones internas del artista, alguien que sabe



mirar y expresar y nos invita a hacer lo propio. Como dijo Fernando Botero a Londoño en una de sus cartas de hace algunos años: *“Esto del arte es largo y complicado, pero no podemos perder la fe en lo que usted dice: que la pintura, la escultura y el dibujo existen a pesar de todo”*. Y como los tiempos recientes nos lo demuestran, seguirán existiendo.

Pertenencias del Intendente (R), Luis Hernando Parra Sepúlveda. “Tengo otras memorias que no están relacionadas directamente con la Policía Nacional, como el talento que desarrollé en el ámbito de los antiexplosivos y que tiene su origen cuando yo era muy pequeño y mi padre trabajaba con la industria militar en antiexplosivos”.





*Pertenencias del Brigadier General
William Oswaldo Rincón Zambrano*

“En esos morrales cargábamos todo, por ejemplo, una sillita que me la dio un cuñado y unas botas un poco viejitas, acabadas. Con ellas pasé por terrenos donde se sospechaba había minas antipersonales”.

*Pertenencias del Patrullero (R) de la
Policía Nacional,
Jonathan Stiven Duarte Mantilla*

***“Tengo unas estampitas que siempre he
llevado en la billetera. La estampita del
ángel San Miguel, es la que siempre me ha
protegido. También tengo una estampita de
la Virgen del Carmen y otra de la Virgen
de Guadalupe. Estos son mis tres santos
que siempre los cargo en la billetera. Con
el cuchillo llevo más de cinco años. Es un
elemento muy valioso para mí, porque
siempre lo cargaba en las operaciones”.***





Palabras

Jefe UNIPEP

HONRAR, VISIBILIZAR Y DIGNIFICAR A
TRAVÉS DEL ARTE

Brigadier General

William Oswaldo Rincón Zambrano

Jefe Unidad Policial para la Edificación de la Paz (UNIPEP)



Luego de su terrible experiencia en los campos de concentración, Viktor Frankl, neurólogo y filósofo austriaco, afirmaba que al vivir cruentas situaciones de dolor había hallado un tesoro trascendente para la humanidad: “He encontrado el significado de mi vida, ayudando a los demás a encontrar en sus vidas un significado”.

A partir de dicha revelación, y de la vivencia particular de este sufrimiento experimentado durante la Segunda Guerra Mundial, se allanó el camino para el reconocimiento de situaciones contrarias a los derechos humanos. En el caso particular del conflicto armado no internacional en Colombia, la Unidad Policial para la Edificación de la Paz (UNIPEP), no solo ha cumplido las responsabilidades inherentes al desarrollo de los acuerdos de paz entre el Gobierno nacional y las extintas Farc, sino que ha desarrollado una serie de iniciativas documentales de construcción de memoria histórica, que le han permitido a la Policía Nacional de Colombia y a la sociedad en general, encontrar y aportar al significado de la vida de sus integrantes, visibilizando y dignificando a quienes han sido víctimas del conflicto armado, mediante una decidida contribución al conocimiento de la verdad, desde diferentes perspectivas como un aporte a la no repetición de hechos victimizantes.

Hombre leyendo el periódico

Óleo sobre tela. 1,90 x 2,40 m
2000, Germán Londoño



Por esta razón, a continuación, se presenta la investigación titulada: *“El arte da en el blanco. Las formas estéticas de la violencia. Historias de las agresiones contra el ser policial, contadas por las artes”*, basada en un diseño metodológico netamente cualitativo, y con fundamento en iniciativas de carácter simbólico en las que confluyen elementos artísticos y culturales para relatar lo sucedido y revelar la experiencia de los acontecimientos desde la sensibilidad y el testimonio de las víctimas, gracias a las posibilidades reflexivas que brindan las artes plásticas, a fin de aportar a la reparación fáctica y simbólica de quienes se han visto vulnerados por la violencia.

El objetivo de esta propuesta es visibilizar la importancia del arte como mecanismo testimonial de hechos victimizantes y mediador en la transformación de conflictos. Para ello, se invitó a un artista contemporáneo a reflexionar sobre la violencia del conflicto mientras elaboraba una obra.

Con esta iniciativa, además, queríamos trascender y rescatar el valor de los objetos que pertenecieron a distintas policías víctimas del conflicto, en aras de redimir a través de la experiencia ética y estética, el relato de hechos de lesa humanidad, teniendo en cuenta que, en muchas ocasiones, la imagen latente de quienes vivieron situaciones de horror despierta la conciencia.

En este contexto, la UNIPEP desarrolló una exploración innovadora en la construcción de memoria histórica, a través del arte como documento de memoria y del registro fotográfico de objetos de memoria de víctimas del conflicto para crear una galería virtual con el propósito de reconstruir sus vivencias, de transmitir mensajes de esperanza, a la distancia del tiempo, ante el deber de no olvidar la historia y el sufrimiento de los nuestros.

Dios y Patria.





Niña mostrando su herida

Arcilla, madera, arena y resinas. 1,40 m de altura
2001, Germán Londoño



*Padre e hijo
regresando a casa*

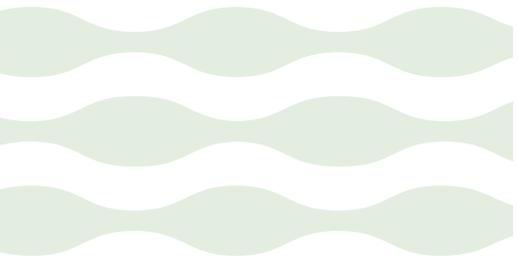


Padre e hijo regresando a casa

Arcilla, madera, arena, lámina de hierro, tela y resinas. 45 cm de altura
2001, Germán Londoño







“Padre e hijo regresando a casa”:

La imagen revelada del dolor

Cuando llegamos al taller del artista plástico Germán Londoño, para realizar una entrevista emotiva y cercana, que nos permitiera descubrir el camino hacia la esencia de sus pinturas y esculturas en relación con “las historias de las agresiones contra el ser policial”, lo encontramos en una casa de dos pisos, ubicada en Sabaneta, a las afueras de Medellín; una construcción mediana, infundida de trazos metálicos hasta el techo, suspendida en el universo de figuras abstractas, saltarinas de un boceto a otro —en paredes gruesas de años de creación—, para gritar al alma de su creador la manera como sugerían ser traídas a la existencia.

Ya sabíamos que Londoño era un pintor diurno, dada su preocupación estética por el equilibrio, la forma y particularmente, por el color. Por ello, esa mañana de junio, en medio del desafío que representó hacer una entrevista durante la más estricta cuarentena generada por la pandemia del COVID-19 nos encontramos con el creador de “figuras hieráticas” que seguían fluyendo en un sempiterno río de sangre con un mensaje delator de la crueldad sin límites.

Padre e hijo regresando a casa

2021, Germán Londoño



De manera personal, su obra ya me había impactado desde el año 2001, en una visita que realicé al Museo de Arte Moderno de Bogotá. Para ese entonces, me había detenido en la obra “*Padre e hijo regresando a casa*”, una de las esculturas más emblemáticas elaborada en madera, tela y resinas. La imagen había atravesado el túnel del tiempo —y 20 años después—, continuaba llevando consigo la voz de las diosas del destino: Cloto, Láquesis y Átropos, tres hermanas que personifican el nacimiento, la vida y la muerte, dedicadas a hilar y a cortar el hilo que mide la longitud de la existencia con una tijera gigante mientras proclamaban “lo que ha ocurrido”, “lo que ocurre” y “lo que debería suceder, o es necesario que ocurra”.

Gracias a esta conexión de tiempos sin tiempo, quienes fungimos como investigadores de la Unidad Policial para la Edificación de la Paz (UNI-PEP), logramos a través de su relato autobiográfico, verlo enérgico en 1978, a sus 17 años, siendo un avezado aprendiz de Libe de Zulategui (un curador de renombre). Así mismo, logramos trasladarnos raudamente en el túnel de cada época, desde la pequeña casa del municipio de Sabaneta hasta la icónica Italia —cuna del esplendor de culturas mediterráneas—, para identificar las magníficas posibilidades que le brindó a Londoño, la Escuela Internacional II Bisonte de Florencia y la influencia que tuvo sobre su obra el Expresionismo, un movimiento cultural surgido en Alemania a principios del siglo XX, orientado a deformar “la aprehensión” de la realidad para expresarla subjetivamente y mover fibras en el mundo interior de cada observador, bajo la creencia de que el arte supera lo que se ve a simple vista, mediante pinturas intuitivas con colores de gran carga simbólica.

Ese día de atmósferas estáticas, a causa de las restricciones sociales impuestas dictatorialmente por la pandemia, observamos que las manos

firμες de Londoño dejaban ver unas venas gruesas por las que corría tranquilo, el torrente imparable del río Nilo a la sombra de las pirámides de Keops, Kefrén y Micerino. En la generosidad de sus palmas también era posible divisar la herencia de Delacroix y Picasso, y la sensibilidad innata para recomponer los fragmentos provocados por la explosión de la violencia.

Al iniciar la entrevista, escuchamos las notas provenientes de un gran gong tailandés, reproducidas por una vieja grabadora que el mismo Londoño encendió en la planta baja de su taller, mientras observábamos la ejecución magistral de la obra “*Padre e hijo regresando a casa*”, en inmensos trazos negros de carboncillo, sobre el inevitable blanco de luna llena expandido en un lienzo mediano.

Luego de reflexionar sobre las herramientas que nos brindan la memoria y el arte para repensar algunos acontecimientos históricos, las palabras cesaron. El artista calló y los investigadores también. El espacio gradualmente se inundó de una expectativa sin par. La música nos conducía a ruinas antiguas, a opulentos palacios reales y a dorados templos budistas. La fuerza con la que fue elaborada la misma obra exactamente hace dos décadas, en forma de escultura, no tenía límites.

Londoño cerraba un poco sus ojos, centrando sus pupilas en el punto de fuga, mientras las líneas que esbozaba eran agudas y profundas. El ejercicio de contemplación nos absorbió por completo y en calidad de entrevistadores de víctimas del conflicto armado, pudimos remontarnos a las páginas dolorosas de la historia de don Fidencio Berrio Torres, un campesino que había recorrido el país con la silueta de su hijo Andrés, en un enorme retrato por más de 18 años de búsqueda en Sincelejo, San Onofre,





El artista Germán Londoño ejecutando la obra durante la entrevista.



(Sucre) y en el país entero: “... La última vez que lo vio les suplicaba a las autodefensas del bloque Héroes de los Montes de María que no se lo llevaran”¹.

La historia reiterativa e intergeneracional de don Fidencio y Andrés ya había sido relatada años atrás, en obras representativas del arte colombiano como “La República” (1953- 1957) de Débora Arango o “La violencia” (1962) de Alejandro Obregón, soberbias en la evidencia degradante del terror; sin embargo, esta vez, las lágrimas de don Fidencio volvían a cobrar vida y se derramaban sobre nosotros al evocar la pérdida de su hijo, ícono de cientos de víctimas anónimas de la confrontación armada, en el momento exacto en el que Londoño rescataba el impacto de tales hechos mediante una nueva propuesta pictórica, dramática en su forma y esencia.

El mensaje después de realizado el ejercicio, fue contundente: el arte permite ver lo que no es visible a los ojos naturales. En este caso, percibir las batallas interiores de quienes se resistieron a la intimidación de distintas agresiones, como los policías de Colombia, durante más de cinco décadas de conflicto interno armado, quienes eligieron servir a la patria y transfigurar su dolor en “verdaderas obras de arte”, para ser expuestas en el museo de la conciencia nacional, y de esta manera, asegurar la no repetición de los hechos victimizantes, la aceptación pública de hechos de lesa humanidad y el restablecimiento de la dignidad de las víctimas.

En esta línea de reflexión, los materiales de inspiración de Londoño se hallaban en miles de fotografías de noticias criminales, en las siluetas ausentes de quienes fueron secuestrados por décadas, y en el dolor diluido



1 Sebastián Forero Rueda. Periodista. El reencuentro de un padre con el cuerpo de su hijo desaparecido hace 18 años, periódico El Espectador, 21 de agosto de 2021.

2 Policía Nacional de Colombia (2017). Nuestras Historias. Imprenta Nacional. Pág. 88.

de familiares esperando el retorno de sus desaparecidos. Según las palabras del artista: “Yo me alimentaba de los noticieros y los periódicos; estaba muy interesado en recibir y recoger la mayor cantidad de información cotidiana sobre lo que estrictamente estaba pasando en esa época”.

La música oriental, que servía de telón de fondo a la entrevista, acompañaba nuestras emociones a la par que el pintor ejecutaba su obra maestra, mientras en la charla también evocábamos la historia del patrullero Luis Carlos Muñoz Beltrán y de su compañero Jorge Guapacha, dos policías afectados con balas impregnadas de cianuro cuando llegaron a una vereda a las afueras de la ciudad de Villavicencio, para atender un caso de fleteo. En aquella trágica ocasión, Guapacha perdió la vida. Por su parte, Muñoz fue rescatado del precipicio y trasladado en un helicóptero al Hospital Central de la Policía. Después de dos años y de docenas de terapias no pudo evitar la amputación; sin embargo, su dificultad se convirtió en testimonio y aliciente para otros compañeros. Una vez dominó su nueva pierna, el patrullero bogotano tomó el liderazgo y la voz anónima de 174 uniformados que entre el periodo de 2015 y 2017 perdieron alguna parte de sus cuerpos, para apoyarlos en su recuperación. De hecho, se convirtió en el primer policía amputado en trabajar para una fábrica alemana que elabora prótesis. Hoy, el patrullero Muñoz es todo un experto en fabricar manos y pies².

Hombre caminando con su tiempo

*Madera, tela, arcilla, arena, resinas y clavos. 1,50 m de altura
2001, Germán Londoño*





Dicho esfuerzo trascendió el acontecimiento fatal y quedó plasmado en el bosquejo final del cuadro titulado: “Padre e hijo regresando a casa” (2021). La obra reflejaba el dolor de quien pierde a un ser querido y tiene que retornar a su hogar para reprimir sus tristezas, pero también la historia épica de quienes se han sobrepuesto a las consecuencias de la maldad, a sus propias mutilaciones para construir una nueva versión de sí mismos.

En efecto, la obra final, el dibujo en calidad de pensamiento y declaración en contra de los daños que generó el conflicto armado, sería donado a la institución policial, tomando como referentes inspiracionales las figuras destrozadas después de una explosión en un puesto de policía, la imagen de estupor que genera la escena de una transgresión, pero de manera superior: las marcas del dolor en el rostro de un hijo que regresa con los despojos de su padre, o de hijos retornando con los restos de sus ancestros, a causa de un hecho de impiedad para traducir en imágenes, las “evidencias del alma”, lo que la gente no puede decir o nombrar por el grado de tormento escondido en el acontecimiento.

Así lo interpretaba Londoño y los investigadores que realizaron la entrevista, al preguntarse durante la ejecución del ejercicio plástico y pictórico: ¿Cuáles son los traumas y las fragmentaciones interiores que experimenta una persona víctima del secuestro?, ¿cuáles son las afectaciones atemporales de quienes pisan una mina antipersona?, ¿por qué tenemos

Guerrero dorado

*Madera, resinas, arcilla. 158 x 57 cm
2019-2022, Germán Londoño*



el deber y el derecho de no olvidar hechos de lesa humanidad cometidos en contra de soldados y policías?

Las cifras que se debatieron durante la entrevista eran contundentes. Por citar algunas de ellas, entre 1958 y 2017, aproximadamente 23.086 miembros de la Fuerza Pública fueron afectados en acciones relacionadas con el conflicto armado. Dicho registro nos invitaba a considerar no solo los efectos de la violencia en los uniformados, sino el sufrimiento y la incertidumbre que actualmente experimentan numerosas familias enfrentadas a la ausencia y al dolor físico y moral que aun padecen los policías, a raíz de las consecuencias generadas por la confrontación armada. Así lo demuestran las obras de Londoño, para quien las figuras destrozadas después de una explosión en un puesto de policía, son un motivo de reflexión sobre lo execrable del terror.

Luego de tres horas de conjurar la violencia al terminar el lienzo, llegamos a la conclusión de que las pinturas y esculturas de Londoño no son fruto de la imaginación sino que efectivamente, las representaciones de su obra ocurrieron durante el devenir de la historia nacional contemporánea. No en vano, el artista antioqueño rescata la actividad forense del arte para reivindicar la dimensión humana de quienes por una u otra razón están vinculados a la Fuerza Pública y han perdido su existencia o la de sus seres queridos.

Ya lo expresaba Regis Debray en su libro *“Vida y muerte de la imagen. Historia de la mirada en Occidente”*: *“representar es hacer presente lo ausente. Por lo tanto, no es simplemente evocar sino reemplazar. Como si la imagen estuviera ahí para cubrir una carencia, alivianar una pena”*¹.



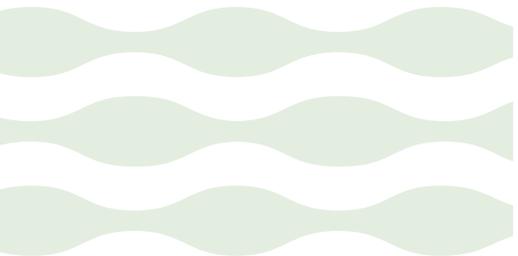
1 Drebray, Regis. (1994). *Vida y muerte de la imagen. Historia de la mirada en Occidente*. Paidós. Pág. 34.

2 Kandinsky, Wassily. (1979). *De lo espiritual en el arte*. Premia Editora S.A. Pág 7.

Por esta razón, cuando se concluyó el ejercicio, era inevitable sentir que el corazón se había quebrantado, que la imagen del cuadro era la sombra de la realidad de muchos integrantes de la Fuerza Pública y que su valor intrínseco radicaba en la posibilidad de rescatar la presencia vívida de los ausentes, de adentrarse en la invisibilidad que dejó la estadística de la muerte violenta para recordarle a la sociedad que la sensibilidad condiciona la calidad del vínculo con las víctimas, puede provocar una metamorfosis en la tragedia y aún en nuestro propio destino como nación, de la guerra a la paz, de la agresión a la convivencia para no repetir el padecimiento. Parafraseando a Vasili Kandinski, pionero del arte abstracto del siglo XX, para quien los colores no solo se pueden ver sino oír ante el deber de escuchar los colores del alma y las gamas de los sufrimientos de nuestras víctimas —a través de las líneas de Germán Londoño—, hoy tenemos la certeza de que *“cualquier creación artística es hija de su tiempo y, la mayoría de las veces, madre de nuestros propios sentimientos”*².







Germán Londoño

ARTISTA INVITADO

BIOGRAFÍA

Germán Londoño nació en Medellín el 12 de octubre de 1961 y desde niño sintió —cómo muchos otros—, que no encajaba del todo en el mundo. Para compensar esa creciente sensación de separación, se refugió desde entonces en el dibujo de sus mundos imaginarios. Con 15 años de edad, ingresó al taller de Libe de Zulategui, donde recibió una instrucción académica básica. A sus 17 años, en 1987, abre su primera exposición individual en la Galería Partes, titulada: “Dibujos” en la que como su nombre lo indica, presenta dibujos con una temática neo-indigenista, recargados con evidente influencia de Armando Villegas y Grau.

Dos años más tarde, Londoño cambia de orientación con la pintura española del siglo XVII, obsesionado con Zurbarán y Velásquez, a quienes mira y remira en los pocos libros que posee. Sueña entonces con viajar a España para estudiarlos directamente. Mientras tanto, se pinta a sí mismo al óleo varias veces, usando esos “cuellos planos” con los que Velásquez retratará a Felipe IV.

En 1983, sin haber salido antes de Colombia llega a Roma, después pasa a Florencia, convive un tiempo con el artista José Ignacio Vélez, y su esposa en Fiesole. Ese momento único se transforma en el descubrimiento del Renacimiento, comprobando directamente todo lo que había visto siempre en libros. Hace amistad con otros artistas —sobre todo el pintor mexicano, Roberto Rébora, y la pintora italiana, Marilena Sutura—, con ellos ingresa a la Escuela de Artes Gráficas Il Bissonte donde estudia la técnica del aguafuerte bajo la dirección de Domenico Viggiano.

“ Las víctimas son
el testimonio vivo
de todo lo que ha pasado ”

Germán Londoño

*El artista realiza la obra
que posteriormente dona
a la Policía Nacional de Colombia.
Obra realizada en homenaje a los policías víctimas.*

Padre e hijo regresando a casa
*Carboncillo y acrílico sobre tela
2021, Germán Londoño*





Es compañero de la artista peruana Lucy Jochamowitz, y en la ardua búsqueda de nuevas rutas para sus planteamientos estéticos, con algunos amigos visita a la isla de Sicilia, donde el contacto continuo con el Mar Mediterráneo, lo marcará para siempre. Viaja después a España y Francia. De nuevo en Colombia, en 1985, busca afanosamente las claves de un lenguaje personal. En 1989 abre una exposición individual en la Galería de La Oficina, bajo el título de “Pinturas” con óleos en gran formato, y un catálogo presentado por la arquitecta Patricia Gómez y el escultor Rony Vayda.

Regresa a Italia. En Florencia pinta las obras que presentan en la Galería Il Moro, en la memorable “Dipinti” (1990). Vuelve a Medellín, y expone de nuevo en la Galería La Oficina, “Pinturas recientes” (1990) y en la segunda Bienal de Arte en Bogotá.

Abre su primera exposición individual en la Galería Garcés Velásquez ubicada en la capital de la República, con la obra “Tiempo diluvio” (1991); nombre épico de esta muestra que en pinturas de gran formato tiene siempre un elemento unificador: la figura humana en situaciones tragicómicas, qué será una constante en su trabajo. El catálogo es presentado por el artista Miguel Ángel Rojas.

Deseoso de conocer Estados Unidos viaja a Santa Bárbara, California, donde la universidad le facilita un estudio, y allí realizará los lienzos que mostrará en Washington D. C., en el Banco Interamericano de Desarrollo, junto con otros cinco artistas de Medellín (1993). “The Medellín Artel” se llamó esta muestra presentada por el artista Félix Ángel.

Luego pasa a Nueva York, donde lo recibe y orienta su amigo el pintor Juan Raúl Hoyos, quién le permite compartir su estudio. En 1994, con la muestra, “Recent Paintings”, la Galería Barnard Biederman expone los óleos hechos en California y Nueva York. El catálogo es presentado por Barbara Bloeminck, curadora del Kemper Museum, San Louis Missouri.

Retrato de un asesino

*Arcilla, madera, lámina de hierro, arena, resinas y tela. 48 cm de altura
2001, Germán Londoño*



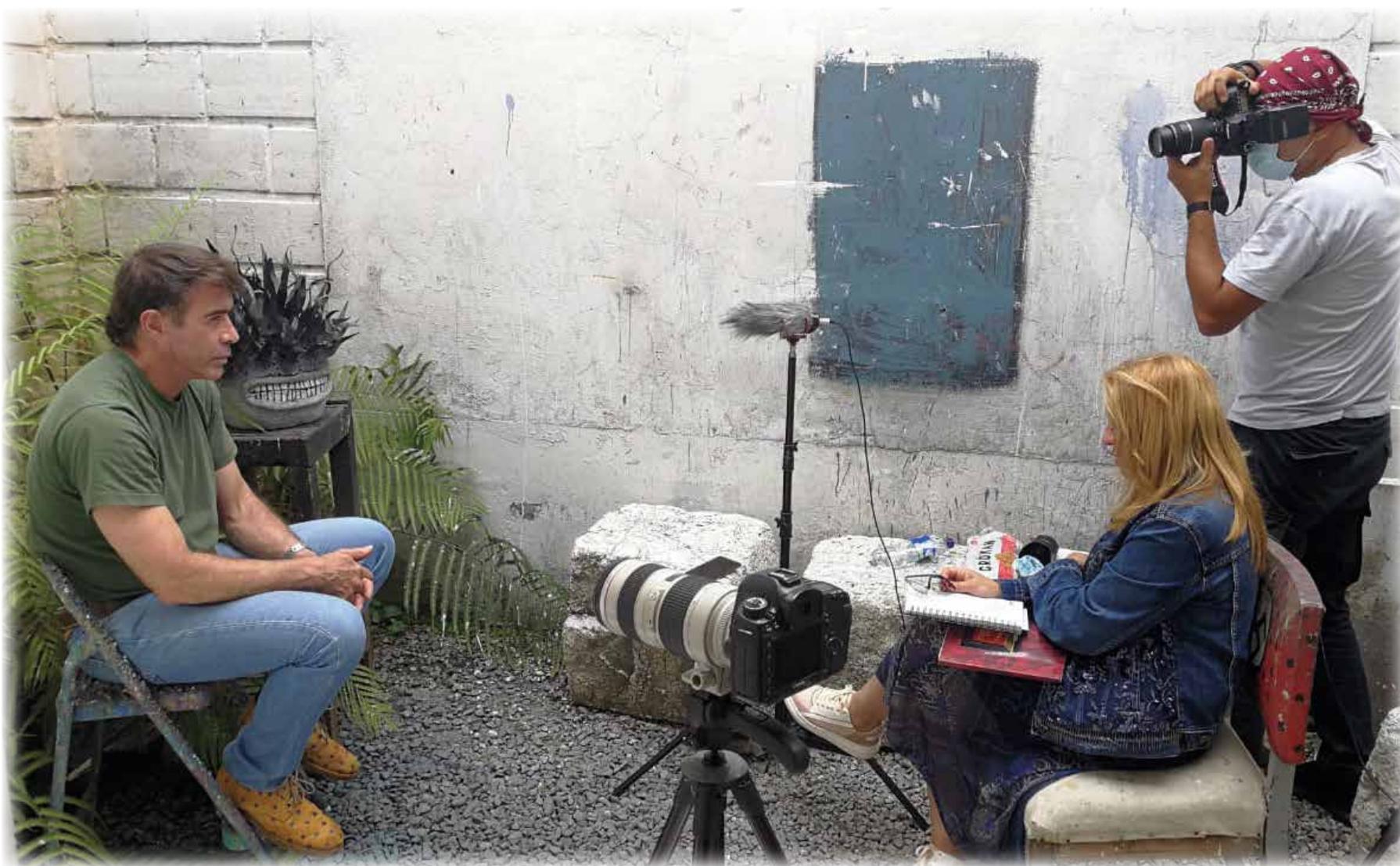


De nuevo en Medellín, trabaja en la serie “África” (1995), en la que por primera vez expone esculturas, aparte de dibujos y pinturas, y se hace evidente su amor por el arte egipcio, que será desde entonces característico en su trabajo. Nace así el estilo “Neo-Egipcio Colombiano”, como Londoño llama subjetivamente su estilo. El pintor Antonio Roda escribe para el catálogo. A partir de “África” surge una nueva serie: “Vida y sin Razón de los Fantasmas” que muestra en el Museo de Antioquía, Galería Garcés Velázquez, y en 1997, en el Museo La Tertulia, en Cali. El texto de presentación lo escribe Álvaro Medina comentando sus últimas pinturas, dibujos y esculturas.

Londoño decide concertar ahora su interés en el difícil tema de la violencia colombiana, teniendo como imagen unificadora el río, un río rojo, fluyendo constante y siempre distinto. La serie “Como un río de sangre” (2001), con pinturas, dibujos y esculturas se muestra en el Museo de Arte Moderno de Bogotá, y constituye su consagración a nivel nacional, con un catálogo y textos del curador Álvaro Medina, y el escultor Eduardo Ramírez Villamizar. Insatisfecho por los resultados estéticos de esa serie busca una temática diferente, “Memorias del mar” intencionalmente sensualista, como un antídoto visual, opuesto a los ríos de sangre.

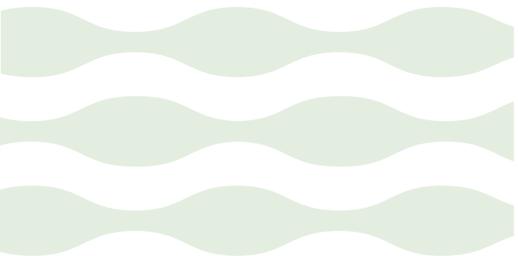
Paralelamente y buscando un contraste, Germán Londoño se interesa en la figura del caballo y anhela inventar el suyo propio, dando inicio a otro conjunto: “Caballos, guerreros y desastres” donde caballos y jinetes, son intencionalmente agresivos. “El Guerrero”, es su primera escultura en bronce, surge simultáneamente una tercera serie entre las dos últimas: “Elogio del silencio” reflejando en sus figuras equilibradas y serenas, el interés por la práctica de la meditación.





María Victoria Pérez entrevistando al artista Germán Londoño, en la ciudad de Medellín (Antioquia), durante la más estricta cuarentena generada por la pandemia del COVID-19.





Germán Londoño

ENTREVISTA

EL ROL DE LA ESTÉTICA EN LA TRASFORMACIÓN DE LA VIOLENCIA

El tema de la violencia ha sido recurrente en la vida y obra de artistas de distintos orígenes y contextos sociopolíticos como Goya, Picasso, Doris Salcedo o Alejandro Obregón. En su caso particular, ¿cómo ha sido esa búsqueda personal y la construcción de una permanente reflexión estética de interminables ciclos de violencia en Colombia?

G. L. En mi obra, desde que comencé siempre ha habido referencias a situaciones muy agresivas y violentas. Buscaba ese equivalente en la forma, en el color de situaciones que fueran aparentemente contradictorias, pero que en realidad hacen parte de una totalidad que es el ser humano. El color es el vehículo elemental de las sensaciones. El color tiene una forma de sugerir sentimientos y sensaciones de una manera mucho más sutil que la forma.

Las obras en relación con la violencia fueron sucediendo como reflejo natural de algo que vivía en mi día a día aquí en Colombia, y que seguramente estaba buscando una salida, una interpretación estética, y lógicamente esas imágenes se fueron elaborando a nivel de arquetipos, y llega el momento en que ellas empiezan a manifestarse de manera intensa, es el caso de las series “*Tiempo diluvio*” (1991), “*África*” (1995), “*Vida y sin razón de los fantasmas*” o “*Como un río de sangre*” (2001), que son resultado de una elaborada materia emocional; imágenes que ya estaban en esa capacidad de ser llevadas bien sea a un lienzo, un dibujo o una escultura, porque ya han sido sometidas a un proceso inconsciente durante muchos años.



Al estudiar su desarrollo como artista, observamos tres hitos: las exposiciones de “África” y “Vida y sin razón de los fantasmas” durante la década de los noventa. Luego, la sociedad colombiana abre los portales del siglo XXI y es confrontada con la poderosa estética de la serie “Como un río de sangre”. Al respecto, ¿cuál fue esa caja de herramientas relacionadas con la creatividad, que alimentó la producción de Germán Londoño y que le permitieron, de pronto, sin proponérselo, evidenciar las dimensiones insospechadas del terror y el crimen en una época álgida del conflicto armado?

G. L. África se devuelve de nuevo a un lugar mítico, un continente donde se han dado una serie de situaciones artísticas que yo admiro mucho y una de ellas es concretamente la escultura africana, del África negra, porque hay que entender dos Áfricas: una es el África negra, de la raza negra y otra África es la de Egipto, la del norte actual que es musulmana.

En el caso de la serie “Vida y sin razón de los fantasmas”, era la prolongación de ese mismo universo, pero en el sentido de la ausencia. Me interesaba mucho la situación de las presencias y de qué manera los seres humanos ausentes, siguen teniendo una influencia muy grande en las sociedades, en las familias. Ya en África había trabajado ciertas figuritas descuartizadas y eso generó la serie “Como un río de sangre”, hay una relación muy especial. Cuando comencé esta serie, incluso el nombre me parecía demasiado obvio, pero como no encontré mejor título para nombrar todos esos cuadros y dibujos, entonces era ese el concepto del río. Quería aludir a esa imagen siempre en movimiento y constante a la vez.

El río, cuando lo pinté de rojo, tendría el equivalente de sangre, ese color rojo, que varía; a veces es un púrpura más oscuro, a veces casi negro, a veces es un rojo cadmio oscuro, a veces es más luminoso, más naranja.

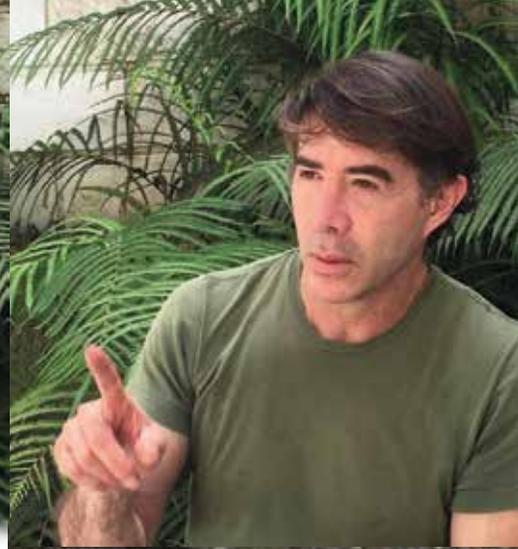
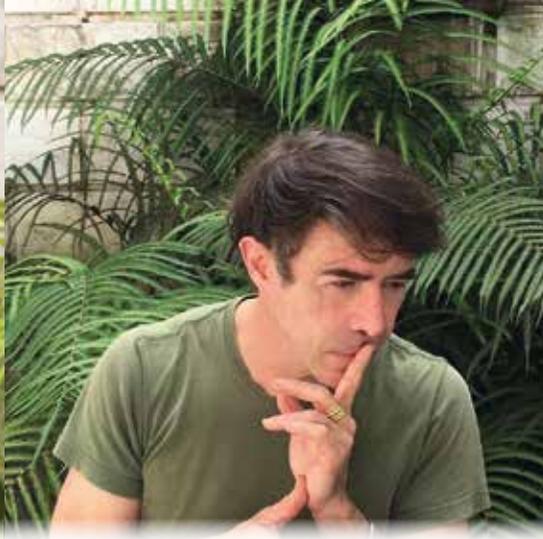
Esos tonos me iban llevando por todo el viaje de figuras en su río, lo que iba pasando con ellas mientras seguían ese itinerario a través de ese río sugestivamente que era el río de la violencia en Colombia, que es muy antiguo y se proyecta hacia el futuro, aunque yo no indicaba en ningún caso los actores, nunca los nombraba en concreto de ningún bando, nombraba más a las víctimas que son las que nos interesan y nos deben seguir interesando como sociedad.

¿De qué manera el arte rescata el testimonio y el interés social por las víctimas del conflicto armado?

G. L. Las víctimas son el testimonio vivo de todo lo que ha pasado. La víctima tiene que recomponer su drama a través de su propia memoria. La víctima encuentra en lo que ha vivido una solución parcial, relativa, yo no diría que completa, jamás, eso no es posible, pero parcial, completa o mínima de todas las circunstancias que ha tenido que padecer. En este sentido, la sociedad debe estar muy alerta con la víctima, no solamente conservar la memoria del victimario sino ser responsable de la víctima, porque se puede perpetuar esa violencia si no es sanada mínimamente.

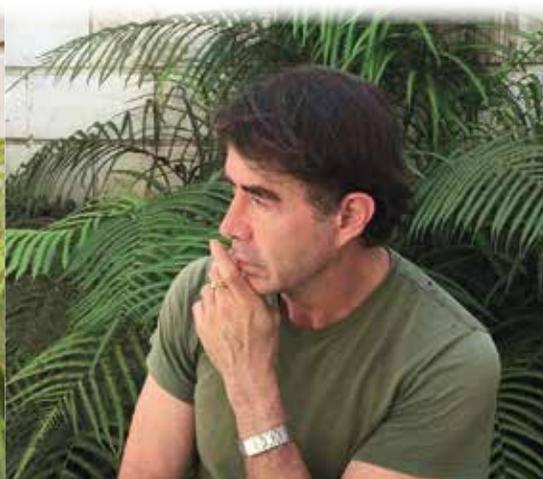
No se puede producir un arte distinto al de la sociedad en la que se surge. Es el caso de las siguientes obras: “El gran tríptico colombiano”, “De la noche oscura”, “Mujeres y hombres cruzando un río”. En este contexto, ¿cuál era el reflejo estético de una sociedad signada por tantos hechos de orden público y violencia?

Finalizando los 80 y en la década de los 90, yo me alimentaba de los noticieros y periódicos. Estaba muy interesado en recibir y recoger la mayor cantidad de información cotidiana sobre lo que estrictamente estaba pasando en esa época; un poco sobre los orígenes de la violencia en Colombia, la lucha guerrillera, el narcotráfico, pero lo que me interesaba era el



“ La sociedad debe estar muy alerta con la víctima, no solamente conservar la memoria del victimario sino ser responsable de la víctima, porque se puede perpetuar esa violencia si no es sanada mínimamente ”

Germán Londoño





día a día y eso me lo entregaban las noticias. Era simplemente abrir los canales, prender el televisor, oír, leer, eso era suficiente para la sensibilidad que tenía dispuesta en ese momento. Es tan elocuente esa conexión que, si yo empiezo a escuchar de nuevo las situaciones de violencia, me empiezo a informar, y a impregnar. Mi inconsciente comienza de nuevo a conectar con esta serie, a sacarle como ramitas al gran árbol y este sigue creciendo.

Simplemente es darse cuenta de cómo las circunstancias están alimentando esa sensibilidad consciente, que está a su vez proyectando imágenes que buscan convertirse en las llamadas obras de arte para traducirse en pintura, dibujo o escultura, y como todo el mundo en Colombia tiene un hecho de violencia que comentar, yo también tengo algunos hechos concretos que lógicamente precipitan y confirman el que esas obras sigan fluyendo en ese momento.

“ Procuro sacar la esencia de la violencia y convertirla en un hecho arquetípico y simbólico mucho más universal ”

Germán Londoño

Elaboración de la obra **“Padre e Hijo regresando a Casa”**
2021, Taller del Artista Germán Londoño

En su obra escultórica “El retrato de un asesino”, es posible percibir la semblanza física, la crueldad y el carácter de Carlos Castaño Gil, quien en su tiempo dirigiera grupos de ultraderecha. A partir de dicha obra podríamos afirmar que, ¿en sus esculturas no solo están representados los muertos sino las presencias cíclicas e intergeneracionales de los victimarios? En este aspecto, ¿cuál es el mensaje que la obra dirige al agresor?

G. L. Yo procuro sacar la esencia de esa violencia y convertirla en un hecho arquetípico y simbólico mucho más universal. No es que esos temas a mí no me impacten, claro que sí, pero la persona está ahí siempre como un motivo esencial, es la fuente de esa inspiración, pero lo que yo formulo a partir de eso, tienen que ser necesariamente formas mucho más universales.

Busco no la imitación de la realidad, sino otra realidad aparte y exacta. Tan monumental como rigurosa, tan desproporcionada como equilibrada. Un punto medio entre la carne dura y la piedra blanda. En esta línea, los títulos de mis obras son bastante específicos, en obras con un sentido verdaderamente universal. No tenía ni tiene sentido que yo pintara al guerrillero, al narcotraficante o al militar herido, no es esa la actitud.

Por lo tanto, que el agresor reflexionara en cuánto daño está haciendo, todo lo que ellos están manipulando en esas selvas, lo que ellos están dañando en estos ríos contaminados de mercurio por las minas ilegales de oro, todas las personas a las cuales están influenciando negativamente, sean indígenas o moviéndolos forzosamente en el caso de los colonos y campesinos, que si acaso pudieran reflexionar sobre eso de alguna manera, quizá les permitiría generar un cambio mínimo en sus actitudes, en la manera en que ven al resto de la sociedad colombiana y a las fuerzas del orden, encargados de este país llamado Colombia.



Vamos a hablar de “*las historias de las agresiones contra el ser policial, contadas por las artes*” y usted es nuestro artista invitado para esta propuesta investigativa, en una línea de artistas que se han unido en aras de aportar a la construcción colectiva de la paz, como es el caso de Doris Salcedo.

La artista instala en el corazón de Bogotá su obra “*Fragments*”, construida con 37 toneladas del armamento que entregaron los integrantes de las extintas Farc. En cuanto a la recolección de material para ejecutar esta obra, se destaca que una vez se produce la dejación de armas, se cumplió una estricta cadena de custodia, de la Organización de las Naciones Unidas a la Policía Nacional; sin embargo, por temas de reserva de la información y de confidencialidad, el hecho de que la dejación de armas no fuera filmada, hizo que algunos dudaran de dicho proceso. Aun así, Doris Salcedo en diferentes documentales y registros audiovisuales, en calidad de artista relata la forma en que más de seis mil armas fueron fundidas, invitando a las víctimas a moldear las placas de armas con un martillo a fin de generar un proceso de resiliencia y perdón; en consecuencia, Salcedo señala que la obra no es un monumento sino un “*contramonumento*”, debido a que no podía hacerle un deplorable homenaje a las armas sino a la vida y a las potencialidades del ser humano. A partir de esta referencia, quisiera conectar la experiencia de Salcedo con una expresión reiterativa de su obra y es que “*usted no trabaja la violencia sino la belleza dentro de la violencia*”, entonces, ¿cómo la ciudadanía puede entender estas expresiones plásticas, de fragmentación, de armonía en el uso de colores, de incomprensión de la misma percepción del artista, para asociarlas con la realidad a la que se enfrentan diariamente policías y soldados?

G. L. He dicho en más de una oportunidad que no trabajo la violencia sino la belleza dentro de la violencia, ¿por qué?, porque las situaciones que aparecen en estos cuadros, los que están relacionados con este tipo de temas, no tienen la obligación de ilustrar nada concreto, ningún acontecimiento en particular, son solamente puntos de contacto mentales con un clima general, donde han ocurrido hechos de violencia tremendos.

Por ejemplo, el concepto del río rojo y las figuras con los descuartizamientos tienen esas facetas, los cortes que las dividen y recomponen de una u otra manera. Esa esencia es lo que le va dar una validez y una permanencia en el tiempo. No es la durabilidad del material porque todo es muy frágil, todo se puede consumir en cualquier momento, es la



El artista Germán Londoño fue invitado por la Unidad Policial para la Edificación de la Paz (UNIPPEP)

permanencia como forma, como arquetipo, eso es lo que realmente me preocupa. Esa belleza dentro de la violencia, consiste en procurar que pasado el tiempo, estas imágenes tengan una correspondencia con la persona que las observa a nivel puramente cultural, y también que por sí misma sean autosuficientes.

El artista es un creador de vida, así refleje la misma violencia. Retomando esta afirmación, ¿cuál es la historia o el origen de esa obra tan magnífica como lo es “El Padre e hijo regresando a casa”?

G. L. Yo vi hace muchos años una noticia de un señor campesino que había salido con sus dos hijos. Estaban en el campo y él pisó una mina “queiebrapatás” y murió; entonces el niño lo que llevó a la casa fue precisamente el pie del papá y el otro niño llevó un brazo, porque ese señor quedó descuartizado totalmente.

La presencia de las minas antipersona, los policías y soldados sin piernas, es algo que me ha impactado mucho, pero como te decía, dentro de los parámetros de una obra, no era posible que yo comenzara a hacer el retrato de un policía o un soldado sin sus piernas, no participa dentro del lenguaje conceptual de lo que yo estoy haciendo en esos cuadros; me parece que una fotografía de ese mismo policía, de ese mismo soldado mutilado por una mina antipersona, por una granada, es más poderosa, expresiva y contundente, entonces, ¿qué puede hacer el pintor?, el artista debe buscar los arquetipos con los cuales enunciar y estructurar el clima de la violencia, darle contenido, presencia y permanencia a la violencia, eso es lo que pienso; entonces yo dije, tengo que hacer un trabajo sobre las minas antipersona. Desde hace mucho tiempo, la obra de “Padre e hijo regresando a casa” había querido desarrollarla en gran formato, montar al niño que es quien lleva la pierna del papá en

“ Yo vi hace muchos años una noticia de un señor campesino que había salido con sus dos hijos. Estaban en el campo y él pisó una mina “queiebrapatás” y murió; entonces el niño lo que llevó a la casa fue precisamente el pie del papá y el otro niño llevó un brazo, porque ese señor quedó descuartizado totalmente ”

Germán Londoño



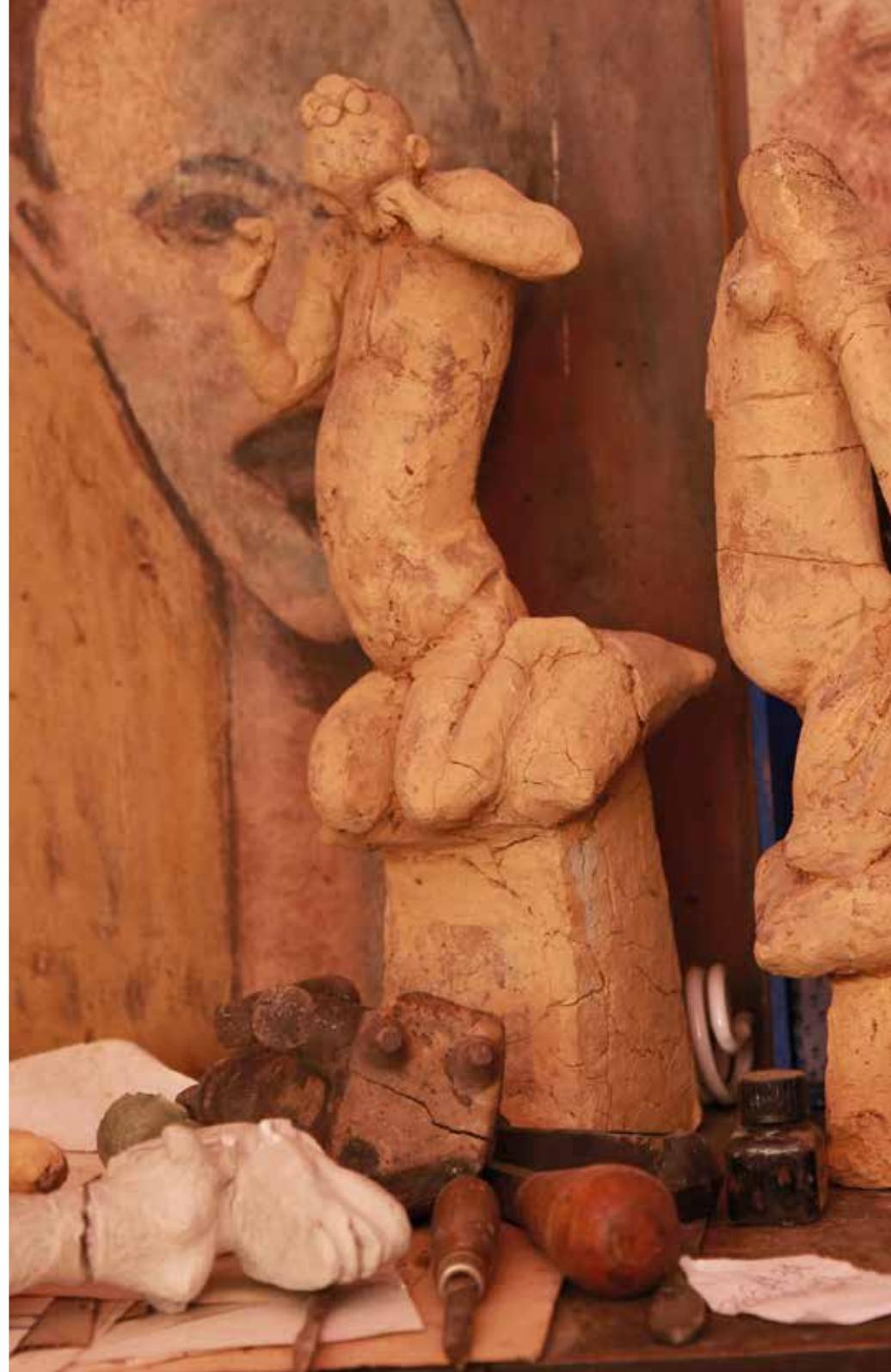
la grupa de un caballo, y a su vez, el caballo agacha su cabeza y se lame una herida profunda, que tiene en una de sus patas y es dejada por la violencia.

La escultura “*Hombre caminando con su tiempo*”, puesta en un contexto de destrucción, nos remite a todas esas Estaciones de Policía que fueron destruidas a lo largo de más de cinco décadas de conflicto armado. Desde la perspectiva de esta obra en particular, ¿cuál es la relación entre sus dibujos, sus esculturas y las agresiones contra el ser policial?

G. L. Siempre me han impactado mucho las imágenes del policía y de los soldados heridos, de estas personas que recibiendo tan poco de la sociedad, entregan tanto, porque esa es una de las grandes paradojas del policía en el contexto colombiano. ¿Qué hace la sociedad civil respecto a eso?, ¿qué le entrega la sociedad civil al policía?, ¿qué le da como compensación mínima a esos sacrificios?, él que está dispuesto a poner alma, vida y sombrero en cualquier situación de peligro, ¿qué recibe?

Me parece que en ese sentido hay muchísimo por conseguir, muchísimo por ofrecer y es necesario que la sociedad lo haga, porque es una compensación elemental para unas personas que hacen posible la existencia de la sociedad como tal. Supongamos que en un momento la Policía y el Ejército desaparecieran, dijeran no vamos a trabajar durante 15 días, ¿qué pasa con este país?, desaparece literalmente y no nos damos cuenta de eso, que estamos funcionando gracias a ellos. Ese reconocimiento debe ser constante y se debe traducir en una serie de beneficios constantes, objetivos y contundentes para ellos.

Si realizara una obra de arte en homenaje al ser policía, al uniformado que es centinela, pero que es fracturado por una bomba y aun





así no ha muerto, sigue viviendo, como lo expresado por usted en su escultura “Una mujer casi feliz”, que no es feliz y no es totalmente triste, pero está en medio de una realidad de incertidumbre; al respecto, ¿qué es lo que le gustaría que los colombianos pensarán cuando vean esa obra que le vas a dar a la Policía Nacional en homenaje a todas las víctimas que han ofrendado su existencia, durante su tiempo de servicio a la patria?

G. L. Yo lo que quiero con este dibujo, retomando la idea de “Padre e Hijo regresando a casa”, es pensar en cuántas de estas personas, hombres, en su gran mayoría, han perdido la vida, un brazo, una pierna o las dos piernas por una bomba; estos policías siguen siendo sostenes y pilares de su familia, padres de familia, tienen mamá, papá, hay toda una red social que está relacionada con ellos y que al sufrir cualquier agresión en sus cuerpos, inmediatamente repercute en todo ese tejido social que los rodea.

Es triste y me llama la atención que en un país donde han muerto tantos soldados y policías, Colombia no tenga memoria. Yo conozco el *Washington Memorial*, ese gran muro donde están escritos los nombres de todos los soldados que murieron en la Guerra de Vietnam, es muy conmovedor, porque está continuamente visitado, aparte de que es un monumento muy sobrio, están todos los nombres.

Cuando los familiares visitan Washington, van y buscan en orden alfabético el nombre de esa persona para dejar su pequeña ofrenda y ver esa evocación; entonces me pregunto, ¿en este país, qué estamos esperando para producir algo equivalente a eso? Con todos los miembros de las Fuerzas Militares que han muerto tratando de proteger el Estado de Derecho, ¿qué hemos hecho al respecto?, ¿dónde está ese gran monumento, dónde están los nombres de nuestros héroes?, porque no hablo de un



monumento figurativo, hablo más bien del *Washington Memorial*. Los nombres de ellos escritos dan una sensación de permanencia, sabemos muy bien que nada es permanente, pero ver su nombre escrito da una sensación de continuidad en la memoria, no solamente para sus parientes, sino para todas las personas que miran esos listados con las fechas de su nacimiento y de su muerte. Porque si no se hacen esas listas, el olvido se encarga rápidamente, como pasa con todo en un país donde en buena parte estamos ya acostumbrados a las situaciones de violencia, a que estos sacrificios queden totalmente en la impunidad del rezago y no signifiquen nada, porque nadie sencillamente los recuerda, para los familiares no quedó nada, absolutamente nada, quedan fotografías, unos recuerdos, pero ¿dónde está la memoria de esas víctimas, de esos héroes?, porque hay que reconsiderarlos siempre en el término heroico, eso me parece fundamental.

Con respecto al cuadro del dibujo de “*Padre e hijo regresando a casa*”, para mí es más el policía que pierde una pierna y que en ese momento esa pierna, ya no es el padre que lleva al hijo, el que lo orienta, el que lo sostiene, sino que es el hijo el que sostiene mediante una exageración en tamaños, en proporciones.

Hemos buscado a un artista visionario que pudiera reinterpretar el dolor de los policías y soldados víctimas en el conflicto armado, ¿por qué es interesante esta invitación que le hizo la Policía de involucrarlo como ciudadano y creador, al proceso de resignificación de la violencia para poder generar nuevas visiones de “la paz”?

G. L. Debemos valorar el antecedente de otras personas que han trabajado con el tema, ligadas a la Policía Nacional desde la perspectiva del arte, como fue el caso de Doris Salcedo. Pienso que si yo contribuyo con esta

obra, estoy poniendo también algo que pudiera convertirse en un movimiento general, en una cadena de causas y efectos de otras personas que también en un futuro hagan lo suyo, ofrezcan, participen e incorporen sus sentimientos a la valoración profunda que debemos a instituciones como la Policía Nacional.

“ Siempre me han impactado mucho las imágenes del policía y de los soldados heridos, de estas personas que recibiendo tan poco de la sociedad, entregan tanto ”

Germán Londoño





“ ¿Dónde está ese gran monumento, dónde están los nombres de nuestros héroes?, por qué no hablo de un monumento figurativo, hablo más bien del *Washington Memorial*.

Los nombres de ellos escritos dan una sensación de permanencia, sabemos muy bien que nada es permanente, pero ver su nombre escrito da una sensación de continuidad en la memoria, no solamente para sus parientes, sino para todas las personas que miran esos listados con las fechas de su nacimiento y de su muerte ”

Germán Londoño

Galería

de la memoria





“ Recuperar, mantener y
transmitir la memoria
histórica porque de lo
contrario se empieza por
el olvido y se termina en la
indiferencia ”

*José Saramago (1922-2010)
Escritor portugués y
Premio Nobel de Literatura*

Objetos que narran el dolor

Generalmente las personas atesoran y conservan un objeto especial que les recuerda la atmósfera de un momento único, el espejismo de la persona amada o un lugar paradigmático en su propia existencia, ya sea un peine, un muñeco viejo, un vestido de matrimonio, el cordón umbilical y seco de sus hijos, un pañuelo o una escultura. A partir de esta costumbre, la presente investigación realizó un proceso de recolección de objetos que salían de la esfera de la cotidianidad para ser reconocidos como piezas simbólicas trascendentes, que podían ser expuestos en un metafórico “Museo de la memoria policial” con el fin de exponer de manera continua el corazón de las víctimas del conflicto, a fin de manifestar el espíritu y las emociones que sustentan los testimonios, las experiencias y la dramática situación de quienes al prestar servicio a la Patria, sufrieron la impiedad del conflicto interno armado.

Para realizar este ejercicio museográfico, desde una perspectiva editorial, se buscaron referencias globales, desde el sentir y las voces de las víctimas. En la búsqueda de ejemplos que iluminaran la concepción del proyecto “*El arte da en el blanco*”, se retomó el legado inspirador del Museo de la Historia del Holocausto, el cual acentúa las experiencias de víctimas a través de testimonios de sobrevivientes de la Segunda Guerra Mundial, quienes cuentan sus historias mediante objetos y posesiones personales. En un contexto más focal, se analizó comparativamente la experiencia museográfica del Yad Vashem, el Centro Mundial de Conmemoración de

la Shoá¹ traducido como “La Catástrofe”², para establecer un hilo narrativo que facilitara la conexión entre las grandes tragedias de la humanidad y las vivencias del ser policial; por lo tanto, se eligieron una serie de elementos o pertenencias de gran valor simbólico de policías víctimas del conflicto armado y se tomaron fotografías significativas que aportaran a los procesos de reparación simbólica, y a la par, contribuir a la verdad histórica que demanda el país, para que su ofrenda no quede en el olvido.

En esta sensible búsqueda referencial se encontró la imagen impactante de un peine elaborado en el campo de concentración de Reichenbach por Margot, una víctima del Holocausto, quien elaboró dicho utensilio para desenredar su cabellera con pedazos de alambre, corriendo el riesgo de ser castigada y los fragmentos del sermón pronunciado por una mujer judía llamada Livia Koralek, durante el Yom Kipur o Día del Perdón, en el campo de concentración de Parnitz; objetos que tuvieron su correspondencia simbólica junto con las pertenencias más delatadoras del dolor de uniformados de la Policía Nacional de Colombia. En el caso de la investigación “*El arte da en el blanco*”, el lector conocerá nuevas experiencias traumáticas de policías, a través de sus pertenencias más preciadas. La esencia de cada objeto simbólico se devela con los relatos estremecedores y vivenciales de sus protagonistas; es el caso de la historia que provocó el nacimiento de “Rodolfito”, un muñeco de trapo elaborado con ropa de integrantes de las extintas Farc, emulando a un “amigo imaginario” para lidiar con la afrenta de largos años de secuestro; además de restos de sangre impregnados sobre una pequeña biblia perteneciente a un uniformado torturado y unas chaquiras o “cuenta pasos” que perdieron la armonía de su secuencia durante una explosión, entre otros relatos.



¹ Yad Vashem, el Centro Mundial de Conmemoración de la Shoá, fue establecido en el año 1953 por una ley de la Knesset (Parlamento Israelí), encomendándole la misión de conmemorar, documentar, investigar y educar sobre el Holocausto.

² <https://www.yadvashem.org/yv/es/exhibitions/>

Parafraseando una cita del pueblo judío, “nosotros no hablamos porque tengamos la capacidad de hablar; hablamos porque no tenemos la capacidad de permanecer callados ante lo sucedido”; en efecto, los objetos de policías en la categoría de “reliquias de la verdad” son expuestas como parte integral del testimonio de sus dueños, ante la oportunidad de hablar y no callar, para desnudar los discursos del odio. En esta convicción, luego de entrevistar al maestro Germán Londoño en el propósito de descubrir las posibilidades que brinda el arte plástico a partir de la narración dialéctica de la violencia y la construcción inspiradora de la paz, los policías se presentaron a la entrevista con objetos personales que relataban su tragedia; todos los elementos fueron armonizados y dispuestos, antes de cada fotografía, en un fondo gris inmutable como si fueran cápsulas del tiempo, que al ser abiertas una a una fueron impregnando la atmósfera con el aroma del pasado, venciendo *per se* el olvido, al traer consigo una carga emocional, que despierta la conciencia y derrota, en su esencia, la violencia como método de resolución de conflictos.

Guantes tejidos por Tzipora para Hinda en el gueto de Kovno, de residuos de lana.



Juego de ajedrez que Chaya Stecolchic recibió de Leone Goldstein en la liberación del gueto de Maguilov, Transnistria.

“ Jaia Stecolchic, de 13 años, proveniente de Czernowitz (act. Chernivtsi, Ucrania) se hizo amiga del joven Leone Goldstein en el gueto de Mogilev.

Leone, que tenía un juego de ajedrez artesanal, le enseñó a jugarlo y cuando fueron liberados del gueto se lo regaló. Al reverso del tablero escribió: *En recuerdo de los difíciles pero felices días 24/4/1944.*

” La inscripción refleja de qué modo el juego de ajedrez permitió a los adolescentes olvidar brevemente las dificultades que los rodeaban y simplemente gozar su juventud.

Tomado de:
página web de Yad Vashem -
Centro Mundial
de Conmemoración de la Shoá



“

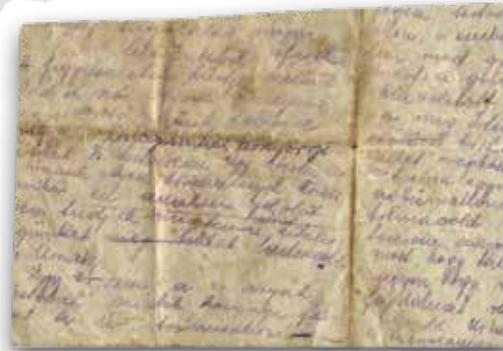
Durante el día los hombres y mujeres iban al trabajo y sólo los niños quedaban en el campo al cuidado de un pequeño grupo de adultos y ancianos. El 27 de marzo llegaron al campo algunos camiones. Los adultos fueron conducidos afuera por un portón diferente al habitual, para que no pudieran ver los camiones y hacer más dificultosa la deportación.

Al regresar al campo, al final del día descubrieron las dimensiones de la tragedia: en el campo no quedaba ningún niño. Dov y Tzipora se dirigieron a la cama de su hija y allí encontraron uno de sus zapatitos y los guantes que Tzipora le había tejido. En la suela del zapato Dov inscribió la fecha y juró cuidar para siempre el zapatito de Hinda

”



El zapato de bebé de Hinda Cohen, con la fecha de deportación al campo de exterminio grabada en la suela por su padre.



Del sermón pronunciado por Livia en el campo de concentración de Parschnitz, en Yom Kipur (Día del perdón) 1944.

Peine confeccionado por Margot en el campo prisión de Reichenbach.



Los frutos

de la restauración





“ En el año 2020, empezamos a construir un proyecto piloto llamado *La Huerta de Paz Sostenible*, enviando un mensaje a la comunidad de sembrar vida ”

Félix Andrés Vera Bravo



Félix Andrés Vera Bravo

Teniente Coronel de la Policía Nacional

El oficial ostentaba el grado de Teniente y se desempeñaba como Comandante de una de las secciones del EMCAR (Escuadrón Móvil de Carabineros) del departamento del Cauca, cuando fue notificado de la misión de verificar una situación relacionada con ataques de la insurgencia en el municipio de Silvia (Cauca), el 25 de octubre de 2003. En el preciso momento en el que se desplazaba del municipio de Piendamó al municipio de Silvia, a las 05:40 horas fue atacado junto a su equipo de trabajo por las extintas Farc, quienes utilizaron armas no convencionales (munición contaminada o envenenada).

El hostigamiento duró dos horas. Durante el enfrentamiento murieron dos de sus subalternos. A pesar de las heridas en la pierna izquierda, el estómago y varias lesiones en su cuerpo, siempre tuvo en su mente la consigna de salvaguardar la vida de quienes estaban bajo su responsabilidad.



¿Cuándo y cómo fue el hecho victimizante que dio un nuevo rumbo a su destino?

Eran las 05:30 de la mañana, nos dirigíamos a reforzar la defensa de unos compañeros que tenían un enfrentamiento en la Estación de Policía de Silvia (Cauca), en el punto “La Capilla”, donde fuimos emboscados. Allí asesinaron a dos policías. Uno de ellos era mi secretario, de cariño le decíamos “Mickey”. Murió en la explosión de un roquet.

Fuimos emboscados por guerrilleros de la Columna Jacobo Arenas. Allí, lamentablemente perdieron la vida dos de mis compañeros y cinco quedamos heridos. Me pegaron un disparo, perdí una parte del sistema nervioso de la pierna izquierda, tuve colostomía y me quedaron algunas secuelas. Por vocación sigo hoy desde la Dirección de Sanidad, colaborando con mis compañeros que también han vivido situaciones difíciles.

En la construcción de memoria histórica, los objetos desempeñan roles sustanciales que buscan explicar episodios traumáticos. En su caso personal, ¿cuál es ese objeto que se ha convertido en un ícono de sus batallas, en medio de la adversidad?

Este morral es un botiquín que cargábamos en las operaciones. Se llama el M3 y lo llevaba el enfermero de combate. Lo conservo porque gracias a estos botiquines que llevaban compresas, fue posible sobrevivir y contener la hemorragia ocasionada por el disparo de fusil que me pegaron. El médico que me atendió en Piendamó (Cauca), me dijo que de no ser por estas compresas, me hubiera desangrado. Son cosas que le quedan a uno en la mente y en la vida. En nuestros grupos un enfermero siempre lleva un morral M3 y un botiquín adicional, como el que llevaba cuando ocu-



¹ Caja de Sueldos de Retiro Policía Nacional.

rrió el enfrentamiento. Fue así que recibí un tiro de AK 47, el cual dejó un hueco en la pierna que tuvieron que rellenar con varias compresas y hacerme presión para contener la hemorragia, porque o sino me hubiera desangrado.

¿Cuándo la agricultura empezó a ser la puerta abierta a su recuperación física y emocional?

En el municipio de Mariquita (Tolima), de donde soy oriundo, tuve la oportunidad de estudiar en un colegio de modalidad agropecuaria. Cuando pasé por esta situación en el año 2003, que me conllevó a estar ocho meses en la finca, donde no podía salir, con el intestino expuesto y la pierna inmovilizada, vi la oportunidad de hacer mi proceso de resiliencia a través de la agricultura.

El tema de la vida es muy particular: sembrar y crear vida; ese contexto me desahogaba, eso permitía darme esa tranquilidad y esa paz, como lo decían en su momento los médicos, estas situaciones particulares de estrés pos-traumático, lo encierran a uno y en esta actividad encontré esa salida para seguir mi vida y darle continuidad. De hecho, en el año 2020, empezamos a construir un proyecto piloto de la huerta urbana “La Huerta de Paz Sostenible”, la hicimos en una vía pública y decidimos hacer una zanahoria en una escala de tres metros, enviando un mensaje a la comunidad de “sembrar vida”.

El sembrar un árbol permite que el ecosistema y muchos seres vivos subsistan de lo que uno mismo está sembrando. En el edificio de CASUR¹, teníamos una huerta urbana en el piso 11 y las abejas de Monserrate venían a alimentarse. Por esta razón, he desarrollado toda una temática que me ha servido para mi recuperación y para la prosperidad de la comunidad

en su desarrollo con el entorno mediante un banco de semillas. Es así como yo saco hortalizas, se las entregamos a la comunidad, y volvemos y sembramos. Cuando usted cultiva, crea vida. Por ello he hecho huertas, además de pintar cocos y hacer cuadros tipo escultura. Hoy en día tengo varias huertas en Bogotá, aportando a la diversidad biológica, al reciclaje y a la promoción de ciudades verdes.

¿Qué impacto han tenido los cuadros y la creación de viveros comunitarios?

Las huertas sirvieron durante la pandemia para que los ciudadanos de la Candelaria se abastecieran. Todas las huertas, cajones y macetas que utilizamos para sembrar tienen colores muy llamativos. A través de la “Huerta de Paz Sostenible”, tuve la oportunidad de participar en un concurso internacional denominado “Latinoamérica Verde” y quedé seleccionado por apuntarle a estos objetivos de desarrollo sostenible. Esta interacción y este interés de la gente, llama la atención y más, cuando ellos se enteran que soy víctima del conflicto armado.

No solamente viví combates con la extinta guerrilla de las Farc donde quedé lesionado, sino que nos enfrentamos con la guerrilla del ELN y las “autodefensas” en su momento y a pesar de haber sido víctima de los actores del conflicto armado en Colombia, he tenido oportunidades de volver a ver la vida y renacer.

¿Cuál es la conexión entre el simbolismo de “los cocos” y las víctimas del conflicto?

La palma que nace en climas tropicales, produce el coco, que es un producto muy consumido; particularmente lo aprovecho en estado seco y lo transformo en arte. Cuando los pinto, partes del coco quedan en blanco,



Morral M3 que se usaba durante las operaciones.

“ Cuando el coco está en estado seco, lo trato de transformar para convertirlo en arte. En ello hay algo particular, cuando yo los pinto, una de las partes del coco queda en blanco; esto es para recordar a todas las víctimas del conflicto armado de la Policía y de las Fuerzas Militares ”

Félix Andrés Vera Bravo



en honra y memoria a todas las víctimas del conflicto armado de la Policía y de las Fuerzas Militares. Uso los colores vivos que sean llamativos, porque dan vida, eso es lo que quiero mostrar, el poder la vida sobre la adversidad.

Algunos ciudadanos han comprado los cuadros y les llama mucho la atención que yo sea policía y víctima del conflicto armado. Cuando me preguntan, ¿cuál es el mensaje de los cuadros? les digo que en cada obra de arte expreso la vida y que la parte que dejo en blanco es un homenaje a los compañeros que ya no están con nosotros, como los patrulleros Triana y Tovar; y particularmente a uno que sobrevivió: al Intendente Erazo; en este momento él vive en Cali. Mi compañero perdió los dos ojos y un oído, y a pesar encontrarse en esta situación, estudió; ahora es un buen abogado.

Recuerdo que cuando me estaba despertando en el hospital, luego de que me realizaran las cirugías, lo trajeron a él y yo no sabía que mi compañero había perdido los ojos, porque todo en tiempo real es muy rápido, él tuvo que quedarse dentro del camión y la guerrilla le siguió disparando; Dios le dio esa oportunidad, no había nacido su hija y después de esta situación no logró verla, pero logró seguir creciendo como policía y profesional.

Guerrero en azul

Óleo sobre papel. 1 m x 70 cm
2020, Germán Londoño





“ Entre los héroes que ya no están con nosotros, se encuentran el patrullero Triana y el patrullero Tovar; pero hay un compañero en particular afortunadamente que no murió, es el Intendente Erazo; en este momento vive en Cali, él perdió los dos ojos y un oído, y a pesar de esto, estudió; ahora es un buen abogado ”

Félix Andrés Vera Bravo



*El silencio
después de una explosión*





“ Me enamoré de mi país por las experiencias de mi padre. Me causaba un impacto muy fuerte saber que cuando él tenía 14 años, ya estaba en un combate ”

William Oswaldo Rincón Zambrano



William Oswaldo Rincón Zambrano

Brigadier General de la Policía Nacional



Oficial de la Policía Nacional con una trayectoria de tres décadas al servicio del país, en 22 unidades. Se ha destacado como Director de la Escuela de Suboficiales y Nivel Ejecutivo Gonzalo Jiménez de Quesada. Según su testimonio, el temple lo heredó de su padre Julio Alfredo Rincón Meza, el soldado más joven de las Fuerzas Militares durante la época del Batallón Colombia en Corea.

El Brigadier General Rincón Zambrano fue coordinador del cuerpo especial de investigadores para seguir el rastro de los asesinos de líderes sociales. Así mismo ha sido agregado de Policía en Estados Unidos, Comandante del Departamento de Policía Sucre y jefe del Grupo Élite de la Dirección de Investigación Criminal e INTERPOL (DIJIN) y Jefe Regional de Inteligencia. Según sus palabras: “me enamoré de mi país por las experiencias de mi padre. Me causaba un impacto muy fuerte saber que cuando él tenía 14 años, ya estaba en un combate”. Los hechos victimizantes que relata están asociados a su trayectoria en el Grupo de Operaciones Especiales.

El Brigadier General William Oswaldo Rincón Zambrano ostentaba el grado de Coronel durante la entrevista realizada en el año 2020.





¿Qué objetos de su trayectoria policial “nos hablan” de las dificultades y desafíos a las que históricamente se ha enfrentado el policía?

El distintivo del COPES (Comando de Operaciones Especiales y Antiterrorismo), es uno de los símbolos y de las condecoraciones de mayor trascendencia. Portarlo me remite al año 1995, cuando

era subteniente y alumno del Grupo de Operaciones Especiales, que en ese entonces eran conocidas como “las contraguerrillas”. Gracias a los conocimientos adquiridos, hoy podemos relatar que sobrevivimos y hemos compartido nuestras lecciones con otros policías.



Recuerdo un hecho de alto impacto asociado al distintivo. En el departamento del Cesar, pertencí a la Policía Judicial. Fue así como un 9 de abril de 1997, grupos al margen de la ley colocaron ocho bombas en el departamento y en un municipio que marcó mucho mi vida: Pelaya. Estando allí, donde todos los policías corríamos a atender diferentes situaciones, entonces el Subcomandante del Departamento vio el escudo del distintivo y me dijo: “usted



viene de un grupo especial y no tenemos una persona para ese grupo, inmediatamente vaya tome el mando de ese grupo y salga para Pelaya”.

En esas duras jornadas me acompañaba también un morral en el que llevábamos elementos de seguridad y las fotografías de mi familia en Bogotá. La situación de temor entre la población era crítica y a nosotros no nos vendían los alimentos, entonces nos tocaba traerlos de otro lado y repartirlos por pedacitos para poder abastecernos varios días.



En esos morrales cargábamos todo, por ejemplo, una sillita que me la dio un cuñado y unas botas un poco viejitas, acabadas. Con ellas pasé por terrenos donde se sospechaba había minas antipersonales. Recuerdo también un arnés que me acompañó en un hecho ocurrido en el “Puente Simaña”, a 3 kilómetros del municipio de Pelaya. A las cinco de la mañana encontramos un vehículo que había sido hurtado de una emisora, y que tenía cables con baterías. Cuando amaneció, los mismos compañeros de la contraguerrilla del Ejército Nacional me dijeron: “hay que retirarnos porque esto posiblemente es un explosivo”. Logramos salir del puente y la idea era cruzar el río porque al otro lado había quemado los grupos ilegales;

también estaban algunas familias con sus niños, la idea era llegar donde ellos, para que se sintieran protegidos y supieran que no estaban solos.



Salvado de las aguas

Los policías y soldados atravesamos el río Simaña con una cuerda, y en un momento determinado en la mitad del río me hundí. La instrucción era llevar una cantidad de munición de 500 cartuchos a la espalda, bajo el arnés y el fusil. No podíamos soltar el fusil porque era nuestra protección, si hubiese podido tenerlo hoy acá, también lo habría traído, pero como es un elemento del servicio, ese se entrega y era algo de lo que nosotros no podíamos separarnos durante las 24 horas de servicio dormíamos, comíamos al lado de él, nos bañábamos con él, porque los escenarios eran de terror.

Cuando me iba hundiendo y empecé a experimentar la falta de aire, en mi imaginación sentí que me cayó como un ladrillo de greda en la espalda; porque sentí el golpe fuerte y no, eran las manos del Teniente Capacho del Ejército Nacional que me había agarrado el arnés y me sacó. Me decía: “lanza, lanza agárrese de la cuerda” y con una mano cogí el fusil y con la otra, la cuerda. Efectivamente pude salir del agua y por eso recuerdo mucho ese arnés.

La tragedia del Agente Romero

Una hora después, llamamos a un compañero policía, el Agente Romero, un joven explosivista que se acercó desde Aguachica (Cesar) y llegó un poco fatigado. Me quedé un poco angustiado y hasta molesto porque no había llegado temprano y la situación era crítica: buses quemados, personas pidiendo transbordo a lado y lado para poder llegar a sus casas, y no los podíamos dejar porque había un carro que obstaculizaba. Le pedí al Agente Romero que fuera y mirara con mucho cuidado, a ver qué se podía hacer para quitar y dar el paso. Cuando él se acercó al sitio como tal, desde el lugar donde estaba el vehículo, me hizo una señal para que nos alejáramos.

Efectivamente empezamos a dar la voz a nuestros policías y al Ejército. Teníamos que correr porque podría ser de riesgo para todos. Cuando el Agente Romero levantó una toalla que estaba sobre el carro, era un dispositivo por foto celda y se activó. El Teniente cayó encima mío, al borde del puente e inmediatamente empecé a tocarme. Pensé que eran esquilas, pero eran los pedacitos de hueso y carne calcinada de mi compañero. Sus restos también cayeron encima del Teniente que estaba al lado mío y que era del Ejército Nacional.

Cuando me levanté en medio de esa explosión y empecé a buscarlo, me dicen: “el agente cayó al río”. Traté de llamarlo a ver si me contestaba, solté mi fusil y me boté nuevamente al río; agarré el cuerpo, lo rescaté y logré llevarlo a la carretera. Su cuerpo estaba destrozado, y me senté a llorar por verlo como quedó, aún sin comprender qué era lo que estaba pasando. En mi memoria me decía: “la esposa es una jovencita apenas de 19 años que estaba embarazada y tenía 6 meses, ¿qué le digo ahora a ella?” y le rogaba a Dios que reviviera al Agente Romero, porque no quería verlo así, y no tenía la capacidad de entregárselo a su señora, a su esposa quien estaba en Aguachica (Cesar) en ese momento esperándolo. Esa fue una situación para mí de verdad muy triste, que nunca voy a poder olvidar.

Después de eso, logramos con otros explosivistas desarmar el vehículo. Eran más de 100 kilos. Duramos más de 14 horas haciendo ese ejercicio. Era bastante impresionante lo que estábamos viviendo y abrimos paso sobre la vía.

Pasado el tiempo, el Presidente de la República en ese momento, Andrés Pastrana, solicitó condecorar a quienes habían sido nuestros héroes en diferentes zonas del país, y que habían sufrido hechos victimizantes por explosivos. Ante el llamado, pedí una condecoración para la esposa del

Agente Romero. Fue así como el Primer Mandatario escuchó, accedió inmediatamente y dijo: ¡Búsquenla!, ¿saben dónde está? Le respondí “no sé, pero la encontramos” y así fue, la encontramos en Barranquilla, la hicimos traer. Para ese momento, yo ya era Capitán y la esposa del Agente Romero ya tenía un niño de seis años. El momento de la condecoración de su esposa fue sublime. Ese hecho me permitió reafirmar mi compromiso y sensibilidad como policía.

Otro hecho sucedió a mediados de 1997, cuando me dieron la misión de llevar un armamento para el sitio “La Gloria”. Casi nueve horas de trayecto, desde Valledupar, con puntos bien delicados como el municipio de Curumaní, un pueblo altamente castigado por grupos al margen de la ley.

Ecos de una explosión

Conociendo estas situaciones, salimos y paramos en Bosconia, allí empezamos a caminar más de 14 kilómetros a pie y los camiones atrás para evitar cualquier situación de ataque. Nos montamos a los vehículos y llegando a un punto llamado “Los Inturcos”, considerando que no había tanto riesgo, porque no queríamos que nos cogiera la noche. Cuando avanzamos, sentimos la explosión debajo del vehículo, que reventó los cambios, afectando la cabina donde se encontraba el conductor. A mí se me reventó el oído izquierdo.

El Agente Cabrera, que aún está activo, me dijo: “mi Teniente, estamos bien, estamos bien”, pero nos empezaron a disparar. Yo sentí unos puntillazos en las piernas, pensé que me habían herido. Los disparos habían golpeado el piso. El asfalto de la carretera se había levantado y golpeaba nuestras piernas, teníamos unos quemones de neme, pero gracias a Dios ningún tiro nos había afectado, solamente teníamos afectados los oídos

el conductor y yo; pero eso no fue impedimento para continuar, cogimos el armamento, lo bajamos del camión, lo pusimos en otro camión y continuamos con nuestra misión. Llevamos el armamento y así al día siguiente, regresamos a Valledupar. Cuando regresé me fui a bajar pero me desperté en una clínica de la capital del Cesar. Me trajeron de Valledupar hacia Bogotá y así tuve varios meses de recuperación. Hoy en día, ya es una costumbre, el oído izquierdo totalmente perdido y el derecho perfecto.

“ Pedí una condecoración para la esposa del Agente Romero... ese momento fue sublime ”

William Oswaldo Rincón Zambrano

Hombre y mujer contemplando un río de oro negro

Óleo sobre tela. 50 x 70 cm

2021, Germán Londoño





“ Cuando me levanté en medio de esa explosión y empecé a buscarlo, me dicen: “el agente cayó al río”. Traté de llamarlo a ver si me contestaba, solté mi fusil y me boté nuevamente al río; agarré el cuerpo, lo rescaté y logré llevarlo a la carretera. Su cuerpo estaba destrozado, y me senté a llorar por verlo como quedó, aún sin comprender qué era lo que estaba pasando ”

William Oswaldo Rincón Zambrano





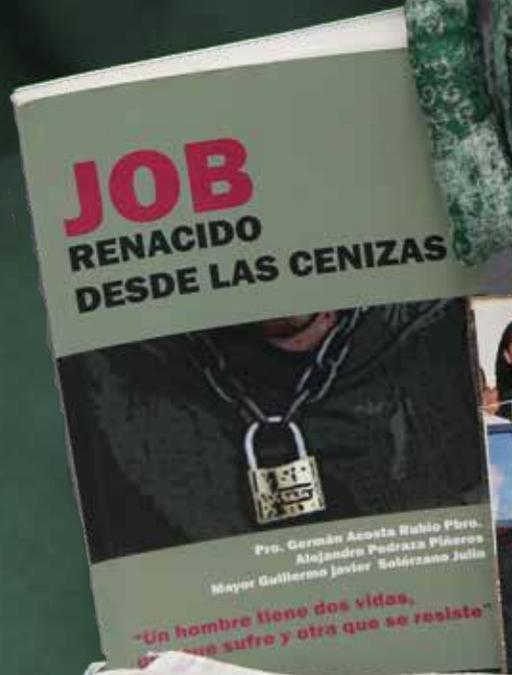
Mujer casi feliz

Óleo sobre papel. 70 x 50 cm
2021, Germán Londoño



*La isla
de la soledad*





JOB RENACIDO DESDE LAS CENIZAS



Pro. Germán Anasta Rubio Pbro.
Alejandra Padraza Piñeros
Mayor Guillermo Javier Solórzano Julia

**"Un hombre tiene dos vidas,
una que sufre y otra que se resiste"**



ILUSTRACIONES

los elaborados por el mayor Guillermo Solórzano Julia en cautiverio.



Todo lo puedo en Cristo que me fortalece

“ Me sometieron no solo a la triple seguridad de las cadenas sino también a la tortura de que nadie me hablara ”

Guillermo Javier Solórzano Julio



Guillermo Javier Solórzano Julio

Mayor (R) de la Policía Nacional

Su secuestro se produjo en la noche del 4 de junio de 2007 en zona rural del municipio de Miranda (Cauca), junto con el comerciante Humberto Loaiza, y su hijo Carlos Humberto de 18 años. El entonces Capitán había sido trasladado al municipio de Florida (Valle del Cauca) en 2006. Antes había prestado su servicio en los municipios de Silvia, Caloto y Popayán. La comunidad lo recordaba por las jornadas de salud y recreación en los barrios marginales. Permaneció secuestrado por las Farc durante 3 años, 8 meses y 12 días. Fue entregado por la guerrilla a una comisión humanitaria en zona rural de Miranda, al norte del Cauca.



¿Cómo el secuestro cambió su destino?

El momento político de ese entonces se caracterizaba por la presión del intercambio humanitario de policías y militares secuestrados por guerrilleros presos en diferentes cárceles.

Había una pretensión por parte de las Farc para presionar una posible zona de despeje en los municipios de Florida y Pradera. Las noticias atemorizaban a la población de estos territorios, teniendo en cuenta lo que había sucedido en el Caguán, en la antigua zona de distensión. En este contexto se produce mi secuestro el 4 de junio de 2007, cuando yo era el Comandante de la Policía del municipio de Miranda y estaba en el grado de Capitán, ya de último año.



Me encontraba de descanso. Mi hija estaba próxima a cumplir años, por esta razón un amigo nos había invitado a una hacienda, a compartir la tarde. Sobre las 6:30 p. m. llegaron unas personas uniformadas y se hicieron pasar por el Ejército Nacional, haciendo supuestas requisas.

Al cabo de varios minutos empecé a mirarlos bien y a sospechar de que se trataba de la guerrilla, entonces ellos advirtieron mi presencia, cuando una persona les dijo: “mire, nosotros realmente somos gente de bien, yo soy profesor del municipio de Florida, el señor es mi suegro, el dueño de la finca es un empresario, somos gente de bien y aquí estamos con el Capitán de la Policía”, entonces yo trataba de hacer señas para que se quedara callado, pero fue imposible cuando la guerrilla escuchó, dijeron ¿cuál es Capitán? y todos miraron hacia mí. Lo que era la alegría de un cumpleaños terminó en una de las pruebas más difíciles de mi vida.

El inicio de un largo secuestro

Me colocaron una pistola en la cabeza y apuntaron con un fusil en el pecho, luego me amarraron las manos. Presenciar esos momentos fue desgarrador para mi hija. Al señor dueño de la finca, a su hijo y a mí nos subieron en un vehículo. Eran casi ocho guerrilleros con armamento largo. Empezamos a subir montaña arriba; posteriormente llegamos a un sitio donde había un grupo de 30 guerrilleros y estaba el cabecilla, quien se identificó como Leonel Paz alias “El Viejo”, comandante de la Columna móvil Gabriel Galvis de las Farc, una estructura de aproximadamente 70 guerrilleros.

En ese momento, él trató de identificarme y me dijo: “¿usted quién es?”, y yo no le decía nada. En ese momento pasan muchas cosas por mi cabeza, toda la instrucción de la Policía, el temor que se siente porque somos seres humanos. Entonces me dijo “listo por ahí me dijeron que usted es un patrullero”, yo le dije “bueno sí, yo soy el patrullero”.

“¡Ah, bueno listo!”; entonces llamó a otros dos guerrilleros y les dijo “llévenlo para allá y ya saben”. Los otros dos guerrilleros me dijeron, póngase ahí en esa colina y mire hacia abajo. Ellos llevaban una pistola y yo iba con mucho temor.

El comandante guerrillero trataba de identificarme y yo estaba en silencio, quizás no solo por el temor sino también por la rabia interna, de cómo me había cambiado la vida en un momentico. Horas atrás estaba con mi Comando de Policía, con mis compañeros y en otro momento, estaba rodeado de guerrilleros. Fue el señor Humberto Loaiza, quien cayó conmigo secuestrado, el que me dijo, “vea Capitán, dígales quién es usted”.

Entonces el guerrillero dijo “este es un Capitán”, fue en ese momento cuando dijo “vamos a corroborar si es un Capitán”. Me acuerdo que el guerrillero tenía un radio y se escuchó al Comandante del departamento Valle que decía “acaba de suceder la novedad del Comandante de Florida, al parecer fue secuestrado por la guerrilla”, entonces la guerrilla confirmó mi verdadera identidad.

El secuestro que padecí se prolongó del 4 de junio del año 2007 hasta el 16 de febrero del año 2011. Fueron 1.336 días (3 años y 8 meses). Sufrí la utilización de cadenas, alambres de púa; además de padecer de hambre, frío, dolor, aislamiento y todas las torturas físicas, verbales y psicológicas que sufre un secuestrado en la selva.

Escuchando al Eterno en el desierto

Durante mi cautiverio me acompañó una biblia de las ediciones *Reina Valera* que me dio el señor Humberto Loaiza. Él la llevaba en el carro. Cuando nos hicieron bajar del vehículo yo vi que él sacó la biblia y le dije “don Humberto, la situación mía va a ser más difícil, sin embargo le pido un favor: ¡regáleme la biblia!”.

Los primeros meses fueron insostenibles, sufrí lo que un ser humano puede sufrir cuando lo alejan y separan arbitrariamente de su familia, de su gente y empieza a asumir una cantidad infinita de éxtasis de dolor. En el secuestro me enteré de la muerte de los diputados. Fue así como pensé “no, no les voy a dar el gusto, si llego a morir que sea peleando”. Intenté una fuga fallida el 9 de julio en víspera del cumpleaños de mi hija, al decirme a mí mismo “si Jhon Frank Pinchao lo logró, quizás lo pueda lograr”, pero correr en la selva es muy difícil y a las 10 horas me volvieron a secuestrar.

Al atraparme pusieron doble seguridad en mis manos, una cadena al cuello, otra en el tobillo y me condenaron a un silencio absoluto. Nadie me determinaba para nada. Alcancé a pensar en la muerte. Entonces, empecé a escuchar la emisora “Radio María” en un transistor que pertenecía a una guerrillera que de pronto sintió lástima por mi situación y me dijo “¿A usted le gusta escuchar misa?”

Un sábado a las nueve de la mañana, escuché la misa de manera lejana por la ubicación del radio. A partir de ese día dije “voy a cambiar, voy a aceptar lo que me sucedió y a seguir adelante con la cruz del secuestro”.

De ahí en adelante, leía 25 hojas de la biblia diarias y meditaba. Era una lucha interior, porque a veces pensaba en odiarlos y al otro día pensaba en perdonarlos.

¿Cómo nació Rodolfito?

Rodolfito es un muñeco de tela que confeccioné después de padecer un castigo inhumano que la guerrilla me impuso durante ocho meses, por haber tenido un intento fallido de fuga, al mes de secuestrado.

Me dejaron durmiendo durante tres días a la intemperie, solamente con un plástico y sin sábanas. Al desnudo mi piel rozaba la dureza de las ramas, la tierra y el fango. Durante ese tiempo me sometieron no solo a la triple seguridad de las cadenas sino también a la tortura de que nadie me hablara, de que nadie escuchara mis lamentos de querer ir al baño o de las enfermedades que padecía. La mente empezó a divagar.

Me quitaron la biblia por treinta días. Esos días fueron muy difíciles porque no tenía el alimento espiritual y no escuchaba, por así decirlo, “la voz del Eterno”. Yo les decía “no me den comida, denme la biblia, es lo único que necesito”.

Después de que ellos me sometieron a ese castigo, entonces le dije al comandante guerrillero que me permitiera hacer un muñeco con cualquier tela para tener un amigo imaginario con quien hablar. Al mes, me obsequiaron un pedazo de tela de un uniforme viejo, unas tijeras, agujas e hilo y confeccioné a “Rodolfito”, un muñeco semejante a un militar o a un policía secuestrado.

Su cadena, uniforme y cara albergan inmensa tristeza, angustia y preocupación, pero por dentro se ve fortalecido y blindado. La idea la saqué de mi hija, cuando ella era más pequeña y tenía un amigo imaginario con el mismo nombre que puse a mi muñeco.



“ La idea surgió de aquella película icónica de Tom Hanks, una de las joyas del cine, “El Náufrago”. El protagonista creó a “Wilson”, que era una pelota, y eso sirvió para que no desviara ”

Guillermo Javier Solórzano Julio



El día del secuestro en la hacienda “El Parral”, me encontraba jugando con ella e imaginábamos que Rodolfito estaba ahí. En remembranza a ese momento, elaboré el muñeco, decidí materializar la idea de ese amigo imaginario de mi hija. El muñeco me acompañó durante los momentos más difíciles del secuestro.

Sobreviviendo a la desesperanza

La idea de confeccionar un muñeco que fuera mi compañero para lidiar la insoportable cárcel del silencio a la que había sido sometido, surgió de aquella película icónica protagonizada por Tom Hanks, una joya clásica del cine titulada “El naufrago”, quien al verse en la más completa soledad creó un amigo imaginario llamado “Wilson”, fabricado con una pelota de volleyball. Ese recurso metafórico le sirvió al protagonista de la película para sobrevivir anímica y espiritualmente en la isla.

El “Claustro Intensivo para la Doctrina de la Fe, CIDOF”

Esa misa me permitió a mí a través de “Radio María”, poder tomar fuerzas y cambiar la posición que hasta ese momento había tenido. De hecho, a la fatal experiencia del secuestro que viví la denominé “CIDOF” porque la Policía tradicionalmente utiliza siglas para bautizar cursos y unidades. En mi caso particular “CIDOF” significaba “Claustro Intensivo para la Doctrina de la Fe”.

En mis reflexiones interiores me alentaba diciéndome: “este es un curso al que solo me enviaron a mí, y tengo que superarlo”. En este sentido, el “CIDOF” era la práctica de aceptar con paciencia el suplicio, sabiendo que hay un Dios grande al que entregaba mi dolor para alcanzar la libertad.

Vivir en esas condiciones tan inhóspitas era un milagro. Debía desarrollar la paciencia hasta con la misma vida, pues no sabíamos si la íbamos a tener o la íbamos a perder.

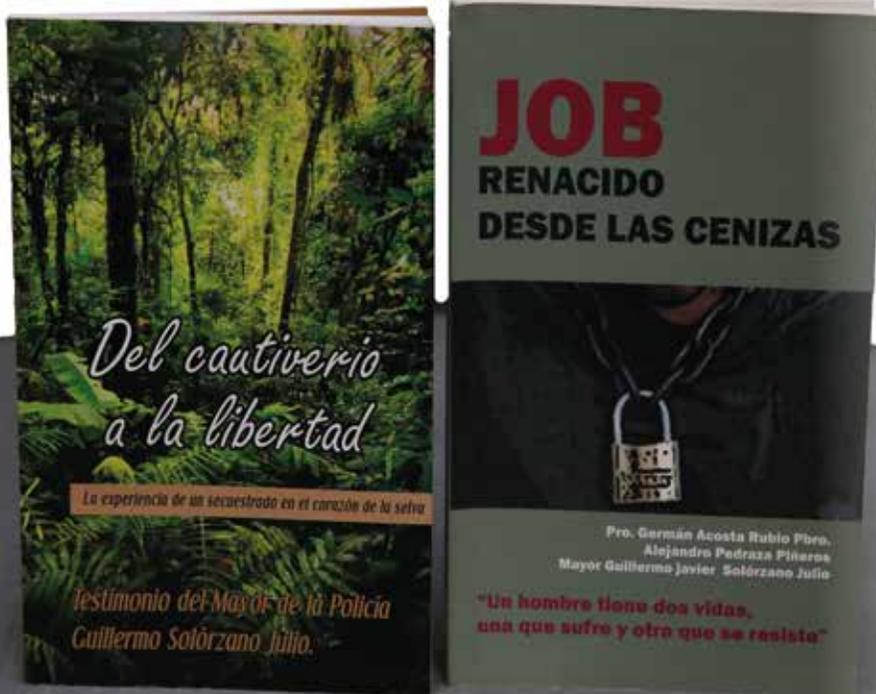
Las circunstancias de dolor, de hambre y ausencia son una verdadera escuela capaz de transformar la desgracia en una inmensa fuente de aprendizaje; por algo dicen los sabios abuelos que “a los hijos hay que criarlos con un poco de hambre y con un poco de frío”. Durante el secuestro lo comprendí, porque a quien se le da todo se le hace un gran mal.

Así mismo aprendí que en la vida de los hombres, Dios es un manto misericordioso de amor que permite el dolor. Ahora que han pasado los días y con el gozo que nos da la libertad, al poder disfrutar de mis seres queridos, de una cama limpia y caliente; cuando se nos ha devuelto lo que nos había sido arrebatado, sabemos que lo que vivimos fue una experiencia muy dolorosa pero única por la resiliencia y resistencia que se desarrolla.

No caímos muertos por la acción de los captores, por una bacteria o por alguna infección en las circunstancias inmisericordes en las que nos encontrábamos, y a las que sobrevivimos para contar lo sucedido. Recuerdo una frase que escuché en “Radio María” y que resume la fortaleza interior en medio del dolor: “Cada vez que vayas a subir una montaña no mires hacia arriba, simplemente camina y sube paso a paso”. La paciencia era el único método eficaz para vencer esta prueba tan degradante e inhumana. No había nada más que hacer.

“ Cada vez que voy a subir una montaña no miro hacia arriba, simplemente camina y sube paso a paso. La paciencia era el único método eficaz para vencer esta prueba, no había nada más que hacer ”

Guillermo Javier Solórzano Julio



El libro destaca la dependencia que desarrolló el Mayor Solórzano de Dios, en medio de la incertidumbre del secuestro, haciendo un símil con la historia del santo Job que se cita en la Biblia



“ A mi secuestro le coloqué como nombre: *el CIDOF*, la Policía tradicionalmente usa siglas y los cursos usan cinco letras; entonces CIDOF significa Claustro Intensivo para la Doctrina de la Fe ”

Guillermo Javier Solórzano Julio

Hombre dibujando un río de sangre

Óleo sobre tela. 1,80 x 1,80 m
1998 - 2000, Germán Londoño





*La memoria
del olvido*

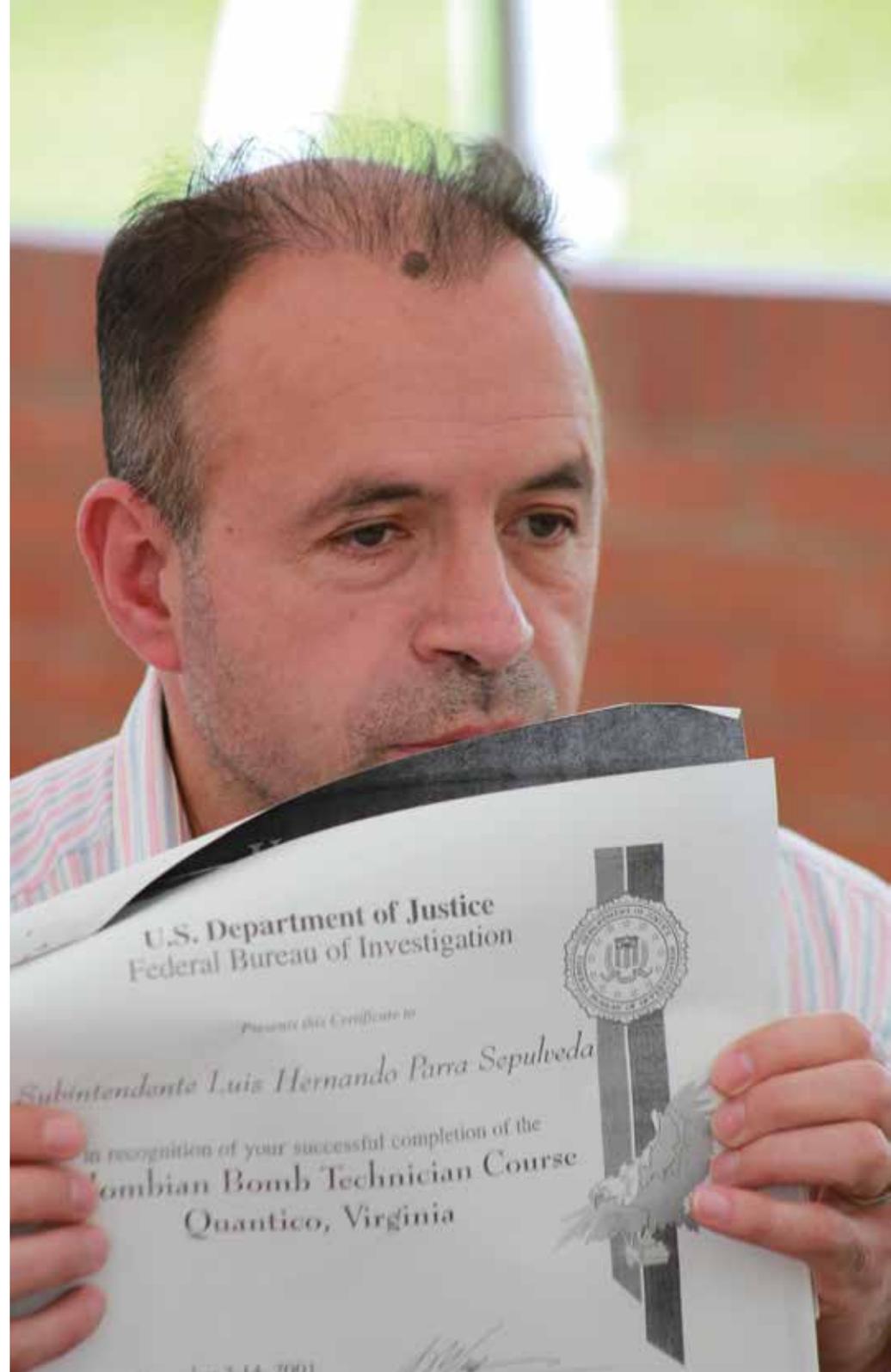




ATF
MIAMI FIELD DIVISION

“ Desafortunadamente, por el atentado todo mi pasado se borró. La granada explotó y los daños cerebrales parecían irreversibles ”

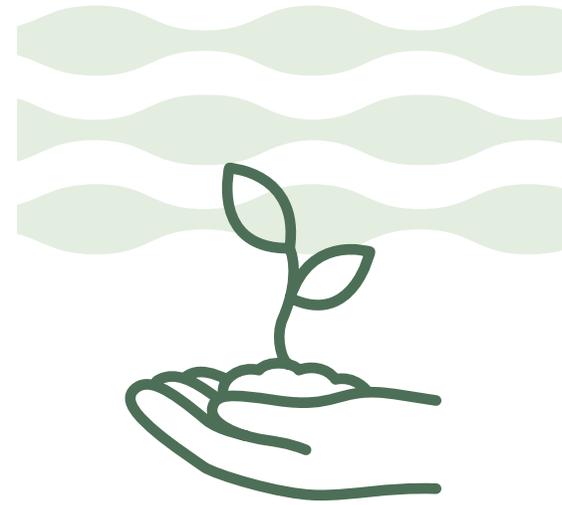
Luis Hernando Parra Sepúlveda



Luis Hernando Parra Sepúlveda

Intendente (R) Policía Nacional

El Suboficial se desempeñaba como técnico experto en antiexplosivos de la DIJIN. El 17 de julio del año 2003 se encontraba de Comandante de patrulla de la Unidad Antiexplosivos, que fue alertada por la presencia de un terrorista en un sector transitado de la ciudad de Bogotá sobre la Carrera 7ª, cerca de muchas universidades. Durante el procedimiento orientado reducir a un sujeto que amenazaba con explotar una granada, el uniformado resulta gravemente herido cuando se produce la explosión sobre su cuerpo, luego de que el terrorista arrojara el artefacto de manera frontal sufrió lesiones severas, cuyas consecuencias ha tenido que afrontar a lo largo de su vida. Una de ellas fue la pérdida de su memoria.



¿Cuál era el contexto en el que se produjo la explosión de la granada?

La esquirla producto de una explosión es peor que el impacto de un arma de fuego. La onda explosiva puede matar a muchas personas.

En este caso, el terrorista sabía muy bien cómo funcionaba la granada de guerra, dicho conocimiento lo posee una persona experta en el tema o alguien al margen de la ley; él sabía qué hacer, de hecho quitaba y ponía el seguro de mano, desafiando a las autoridades; en algún momento llegamos a pensar que era mentira; sin embargo, nos dimos cuenta de que la granada era real.

Recuerdo el impacto de la explosión de la granada y que yo tenía mi arma de dotación. Luego me llevaron en la ambulancia, esa es parte de la historia de lo que la gente sabe.

En el momento de los hechos, el sujeto se encontraba en un puente peatonal en la Carrera 7ª con calle 32 en la ciudad de Bogotá. Nos dividimos en dos grupos para llegar a esta persona y reducirla, pero al verse acorralado, nos lanzó la granada, dejando tres personas heridas. Recuerdo que un compañero del CTI quedó con exposición encefálica. A mí me cayeron cuatro esquirlas en el cerebro, una me tocó y salió, tres más quedaron metidas en la corteza. Desafortunadamente, por el atentado todo mi pasado se borró. La granada explotó y los daños cerebrales parecían irreversibles.

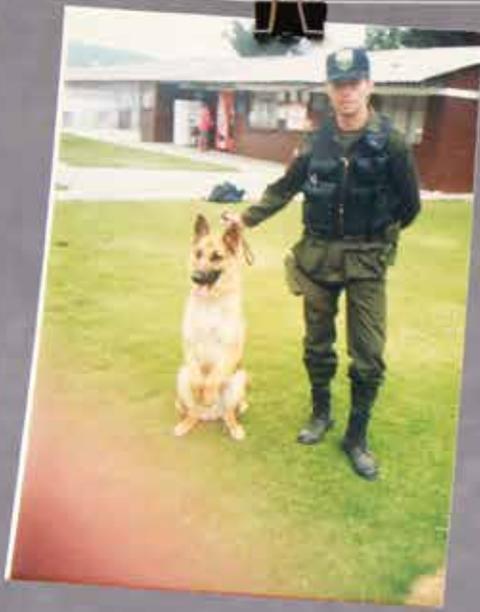
Los seres humanos tienen la capacidad de viajar en el tiempo gracias a recuerdos que permiten volver a vivir episodios pasados a través de las facultades de la mente, pero, ¿qué pasa cuando se borra la memoria de tu vida en un instante?, ¿qué perdiste y qué ganaste?

Perdí mi pasado, perdí mi niñez, a mis amigos, mi estudio. Era intérprete de inglés, mi fluidez con el idioma era muy buena, estudié investigación privada, criminalística forense, era dactiloscopista, técnico profesional en explosivos, Policía Judicial. La mayor parte de esto lo perdí, y lo vivido quedó solo en diplomas y es doloroso. Tuve una lesión muy lamentable por las esquirlas y esto me produjo una hemorragia cerebral. Permanecí durante muchos meses en estado de coma y aproximadamente año y medio sin conocer a mi familia y amigos. Luego de un año largo, me realizaron una cirugía donde tuvieron que abrir mi cabeza, después recuerdo que me encontraba en la Unidad de Neurociencias, con el cerebro expuesto, monitoreado.

Mi memoria es corta, tengo lesiones muy grandes. No pierdo la esperanza de sacar adelante mis ilusiones. Siempre fui disciplinado con mi estudio y responsable en mi trabajo, trataba de ayudar incondicionalmente a quien fuera. Para ayudar a mi recuperación tuvieron que intervenir psicólogos, expertos en trabajo social, el psiquiatra y el neurólogo. Por la gravedad de la lesión no podía hablar ni escribir, empecé como un niño a tratar de escribir las vocales y hacer dibujos porque ni siquiera podía hacer eso. Cada instante era un reto para mí, una satisfacción y una bendición porque sabía que podía mejorar, desde los recursos que tenía en mi mundo interior.

Gané la posibilidad de ser un ejemplo de superación para la gente. La vida es un instante y las personas deben valorar las cosas que tienen como el trabajo y la familia, sobre todo amarse. La gente no es perfecta, nadie lo es, y yo quiero siempre a pesar de las imperfecciones que me dejó el atentado, ser y sentirme feliz con lo que soy y he logrado.





Según William Shakespeare, “la memoria es el centinela del cerebro”, desde esta alegría, cuéntanos, ¿cómo funciona tu cerebro?, ¿qué parte de tu historia se perdió?

Mi historia dice que soy detective privado. Una parte de mis estudios la realicé en la modalidad semipresencial en Miami (Estados Unidos) y otra en Colombia. Esta es una parte de la historia que está en mis diplomas y otra parte en la memoria que perdí.

Tuve la oportunidad de especializarme en la escuela del FBI en Virginia, en el tema de Incidentes Químicos y Biológicos, lo que me permitió cualificarme como Técnico Profesional en Explosivos. Cuando los observo, me da mucha alegría haber trabajado con el Departamento de Estado de los Estados Unidos. ¡Era muy feliz con mi estudio!

Tengo otras memorias que no están relacionadas directamente con la Policía Nacional, como el talento que desarrollé en el ámbito de los antiexplosivos y que tiene su origen cuando yo era muy pequeño y mi padre trabajaba con la industria militar, siempre estaba trabajando la parte de explosivos, desde ahí estaba enfocado en trabajar con explosivos “lo que le gusta a la gente, le sabe”.

Presté servicio militar y posteriormente ingresé a la Industria Militar donde duré cinco años y luego ingresé a la Policía Nacional.

Luego del atentado aprendí a amar más la vida, a fortalecerme, a saber que hay personas que con cosas tan ínfimas se ven frustradas consigo mismas y se derrumban por tonterías y aún después de una lesión tan grande como esta, duré muchos años para volver a retomar mi vida y lo estoy logrando.



Diplomas, honores y certificados que evidencian una larga trayectoria del Intendente como técnico antiexplosivos en Colombia y en los Estados Unidos de América.

A veces veo a la distancia del tiempo lo que era y sufro por lo que se esfumó. No son minutos ni horas; son meses y años para poder y expresar en este momento eso, porque no puedo hablar muy bien en algunos momentos. A veces el cerebro me hace una mala pasada, quiero decir una palabra y digo otra, pero es parte de las consecuencias con las que he tenido que vivir.

Mi familia sufrió mucho, mis padres, hermanos, amigos, conocidos y compañeros, estaban en silencio y no dijeron nada, porque sabían el daño que tenía.

¿Cuál es la importancia que tienen para ti en este momento, tantos años de sacrificio y estudio como técnico antiexplosivos?

Muchos compañeros que perdimos, tenían muchas especializaciones y de ellos solo quedaron los pedazos.

Esta especialización debe ser perfecta y al que se equivoca le cuesta la vida. No hay error que valga, si no lo logras, la vida y todo se esfuma. Es lamentable pero este oficio es lo más riesgoso del mundo. Cada vez hay que especializarse mejor, hay que estar un paso adelante de los malos, de los terroristas que hacen tanto daño al mundo, a la sociedad.

En el caso de los técnicos de antiexplosivos nos hemos preparado para hacer cada procedimiento con mucha responsabilidad y con mucho tacto. Cada instante es un riesgo y quien pueda sacar adelante un procedimiento es un ganador en medio del instante que prueba el conocimiento adquirido. Es un héroe que pudo hacer lo que tenía que hacer. Unas veces se logra, otras no.

“ A veces veo a la distancia del tiempo lo que era y sufro por lo que se esfumó ”

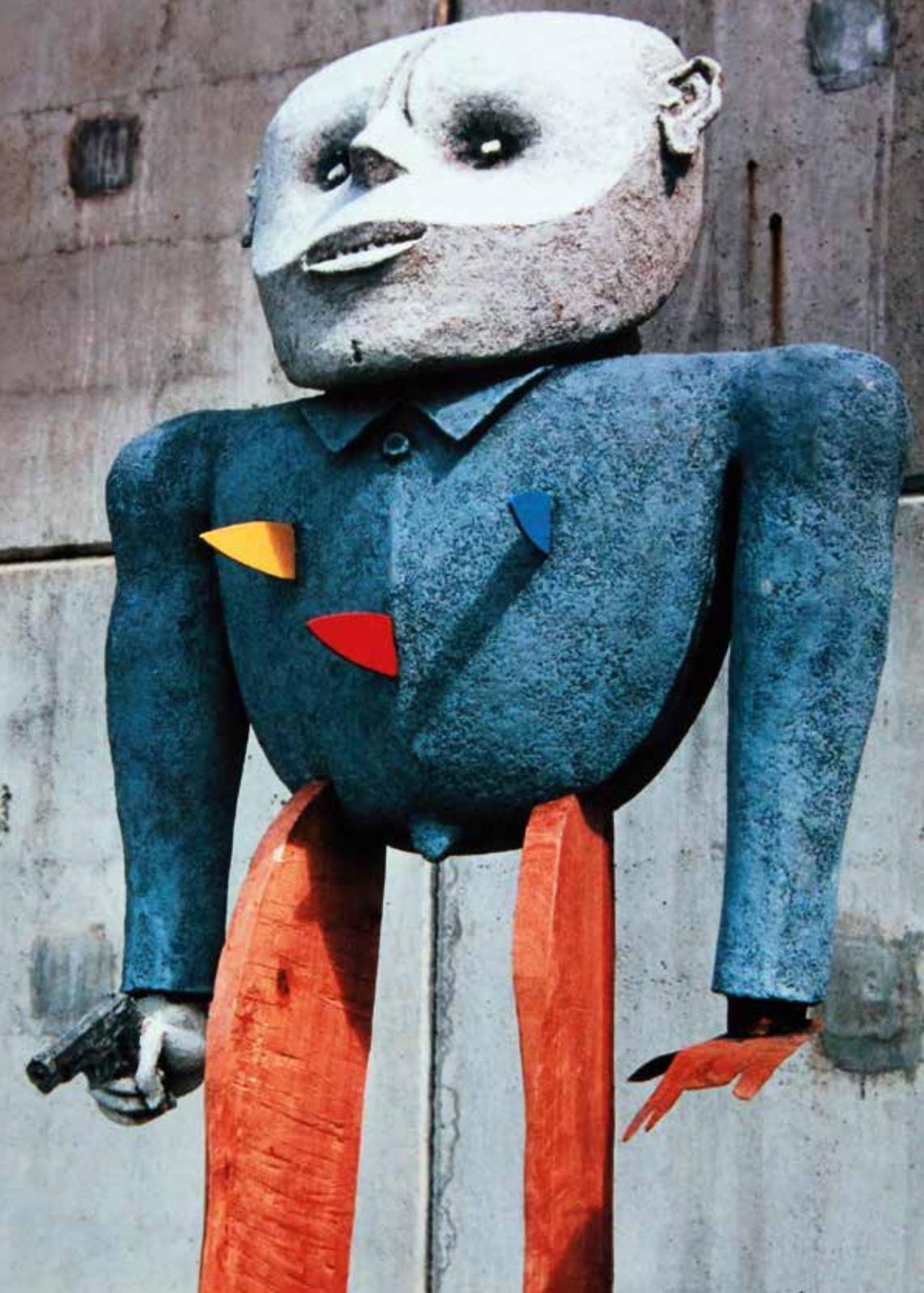
“ Por la gravedad de la lesión no podía hablar ni escribir, empecé como un niño a tratar de escribir las vocales y hacer dibujos porque ni siquiera podía hacer eso. Cada instante era un reto para mí, una satisfacción y una bendición porque sabía que podía mejorar, desde los recursos que tenía en mi mundo interior ”

Luis Hernando Parra Sepúlveda

“ Cada instante es un riesgo y quien pueda sacar adelante un procedimiento es un ganador en medio del instante que prueba el conocimiento adquirido ”

Luis Hernando Parra Sepúlveda





Retrato de un asesino (segunda versión)

*Madera, arcilla, arena y resinas. 1,60 m de altura
2001, Germán Londoño*



*Huyendo
del cazador*



*Nuevo
Testamento*



*Salmos
Proverbios*



ESTE LIBRO
NO SERA VENDIDO

“ Salí gravemente herido, recibí tres impactos de bala de fusil, cinco esquirlas de granada, fui torturado con golpes, patadas, saltaron encima de mí y el primer guerrillero que llegó a quitarme el fusil, me cogió de escudo humano ”

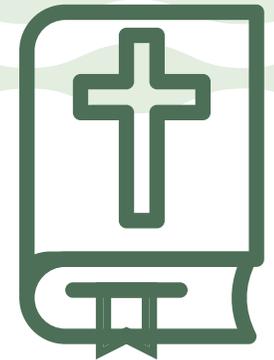
Jairo Alexander Hernández Pulido



Fairo Alexander Hernández Pulido

Patrullero (R) de la Policía Nacional

El Patrullero fue herido durante una confrontación con integrantes de un grupo al margen de la ley. Se incorporó a la Institución en el año 2005 y el 23 de julio de 2007, resultó gravemente lesionado cuando el Frente 21 de la Columna Tulio Varón intentó tomarse la base de patrullaje a la cual pertenecía. Ingresó a la Policía para cumplir un sueño que tenía desde niño debido a que su hermano mayor también era uniformado y era su inspiración. Fue víctima de tortura, intento de homicidio y trato degradante por parte de las extintas Farc.



¿Cuál era la situación de orden público en el tiempo en que se presentaron los hechos victimizantes?

Los grupos de contraguerrilla de la Policía Nacional vivían momentos difíciles a causa de la situación de terrorismo y narcotráfico. Para la época, por instrucción del entonces Presidente de la República, Álvaro Uribe Vélez, se combatía con gran ahínco el crimen organizado a lo largo y ancho del país. Vivíamos como ciudadanos y policías un momento bastante complicado porque la guerrilla prácticamente tenía tomada Colombia y nosotros como funcionarios públicos teníamos que retomar la tranquilidad en zonas donde se habían producido fenómenos de desplazamiento forzado, secuestro y homicidio selectivo.

Recuerdo que para la época, la situación era tan crítica que los transportadores no podían pasar por la vía después de las 2 de la tarde y le tocaba a la Fuerza Pública retomar la tranquilidad de la vía “La Línea” para que viajeros y camioneros pudieran transitar a la hora que quisieran, pero la recuperación de la estabilidad fue bastante complicada.

La base policial a la que pertenecía, agrupaba un total de 35 policías, liderados por tres suboficiales y el señor Capitán que era el comandante. El día de los hechos fatales me encontraba en la parte alta de la base junto con un Suboficial. Fui el primero en darme cuenta de que la guerrilla se iba a tomar la base, al ser el centinela.

El ataque del que fui víctima se produjo en horas de la madrugada, cuando guerrilleros de las extintas Farc, pertenecientes al Frente 21, intentaron tomarse la base policial. En el momento de los hechos tenía el grado de Patrullero. Fue así como el 23 de julio del año 2007, integrantes de la Columna Tulio Varón, atacaron la base de patrullaje. Luego de que dispararon, salí gravemente herido. Recibí tres impactos de bala de fusil, cinco esquirlas de granada, fui torturado con golpes y patadas.

Mujeres dormidas y río de sangre

Óleo sobre tela. 1,70 x 2,10 m

1999, Germán Londoño





Los guerrilleros me saltaron encima y el primer guerrillero que llegó a quitarme el fusil, me cogió de escudo humano, porque me había hecho el muerto para salvaguardar mi vida.

Un guerrillero me quitó el fusil, el armamento, la munición, los visores y el radio. Luego otro guerrillero buscó un machete, me quería picar para llevarse mi cabeza como presea. Cuando yo escuché esto, perdí el conocimiento.

¿Cuáles fueron “las cuatro formas” en las que pudo morir a causa de las torturas que sufrió?

Me salvé de morir de varias formas y de las peores maneras que alguien se puede imaginar. Pude morir después de haber recibido tres impactos de bala de fusil, cinco esquirlas de granada. Me salvé del guerrillero que no encontró el machete para picarme.

A mí no me dolían mucho los disparos, pero sentí más dolor cuando empezaron a saltar encima y no cesaban de darme patadas. El dolor se me despertó en todo el cuerpo. Le oraba con angustia a Dios que me quitara ese dolor, pero cuando escuché que me iban a cortar la cabeza, se me fueron las esperanzas, yo ya no le pedía a Dios que me salvara sino que el primer machetazo me lo pegarán directo en la cabeza para no sentir el descuartizamiento.

También me salvé de morir desangrado, de morir de hipotermia. De hecho, una esquirla de granada me pegó en la cabeza y lo que me salvó fue que el guerrillero que saltó encima mío, él mismo que me torturó con patadas y me puso de escudo humano, para que cuando mis compañeros le disparaban, las balas cayeran sobre mi cuerpo, me botó y me dejó en una zona abandonada donde quedé como en un hueco y una de las

granadas que botaron, explotó como a dos metros de mi cabeza. Si yo hubiera estado al nivel del suelo, hubiese perdido del pecho hacia arriba por el impacto de la granada. Dios me salvó de que yo haya quedado en ese hueco y la onda explosiva pasara por encima de mí; sin embargo, una esquirla me alcanzó a romper el cuero cabelludo y me salvé.

¿Qué significado tiene su biblia personal con el hecho victimizante?

Hoy veo mi sangre seca sobre las páginas de la pequeña biblia que siempre cargaba. Al observar esa imagen de dolor, recuerdo los hechos trágicos pero también las decisiones sabias que me permitieron sobrevivir. Veo las cicatrices de mi cuerpo en el espejo y puedo retornar al momento exacto del sufrimiento, pero ya no con tristeza sino con un sentimiento de ánimo y superación.

La biblia no solo la cargaba. Por petición de mi mamá leía el Salmo 91, antes y después de cada servicio, así:

“...Diré yo a Jehová: Esperanza mía, y castillo mío; Mi Dios, en quién confiaré”.

Cuando repasaba el texto, tenía la convicción de que solo Dios podía libramme del lazo del cazador, como lo hizo en aquella ocasión, al haber dispuesto ángeles alrededor mío para no morir.



“ Hoy veo mi sangre seca sobre las páginas de la pequeña biblia que siempre cargaba. Al observar esa imagen de dolor, recuerdo los hechos trágicos pero también las decisiones sabias que me permitieron sobrevivir. Veo las cicatrices de mi cuerpo en el espejo y puedo retornar al momento exacto del sufrimiento, pero ya no con tristeza sino con un sentimiento de ánimo y superación ”

Jairo Alexander Hernández Pulido

“Hoy veo mi sangre seca sobre las páginas de la pequeña biblia que siempre cargaba”.
Jairo Alexander Hernández Pulido



*El vikingo
de la Policía*





“ Cuando decidí
levantarme, intenté alzar
la pierna, pero no pude.
La bota ya no estaba ”

Jonathan Stiven Duarte Mantilla



Jonathan Stiven Duarte Mantilla

Patrullero (R) de la Policía Nacional

El patrullero egresó de la Escuela de Carabineros Provincia de Vélez (Santander). Desde ahí empezó su carrera policial en la que también hizo parte de distintos grupos operativos. Laboró en la Dirección de Carabineros y Seguridad Rural (DICAR), y luego fue enviado a realizar el curso de Comando de Operaciones Rurales (COR) para ser capacitado en operaciones especiales. Se profesionalizó como francotirador; y fue destinado al EMCAR (Escuadrones Móviles de Carabineros) en el departamento del Chocó, donde duró tres (3) años. En su labor de guía terrestre de la patrulla, fue víctima de una mina antipersona. Su historia de superación es digna de los integrantes del Grupo de Operaciones Especiales Rurales (GOER) al cual pertenecía.



¿Cuál fue su trayectoria en los grupos operativos?

Como integrante de los Escuadrones Móviles de Carabineros salí a comisionar a varios departamentos en el marco de las erradicaciones de coca. Me desempeñaba como francotirador, tenía muchos riesgos, pero tenía que salir adelante por mi familia. Estuve en el departamento de Norte de Santander cuidando lo que eran estaciones de relevo. En esa zona hacía mucha presencia de la guerrilla del ELN y el grupo armado organizado “Los Pelusos”, los cuales atacaban frecuentemente las estaciones de Policía. En ese tiempo nos enviaron a ese territorio, porque en dicho departamento hay mucho francotirador perteneciente a grupos ilegales, entonces si usted daba papaya, lo bajaban a uno; así fue como vi que le dieron de baja a un auxiliar de Policía por sacar el celular de noche cuando se encontraba de centinela.

En una ocasión nos encontrábamos con el Ejército Nacional y el soldado que tenía el canino, salió al parque del pueblo con el perro y de una vez le dieron de baja al uniformado, entonces uno en sí no tenía que dar papaya. A uno le tocaba cuidar la estación.

Participé en varias operaciones de erradicación de cultivos ilícitos en los departamentos del Guaviare, Chocó y Sur de Bolívar. La vida no era fácil. Nos tocaba caminar mucho, tener enfrentamientos de noche, usted a veces no podía ni dormir porque llegaba la guerrilla a atacarnos debido a que les tumbábamos las matas de coca, entonces nos lanzaban taticos, y uno decía: “pero yo porque me metí en esta vaina, si yo pensé que la Policía era vigilancia y andar en su moto y oliendo a rico y toda esa vaina”, pero no es así, la Policía tiene grupos operativos, y pues la verdad me empezó a gustar el especializarme en estos temas.

Después salió una convocatoria para el Grupo de Operaciones Especiales Rurales (GOER) a la cual me presenté e hice el curso. Me especialicé. Los mandos vieron que era un comando muy bueno, que era enérgico, eso sí que me gustaba mucho trabajar y fue así como me felicitaron y me postularon a un viaje en comisión a los Estados Unidos como incentivo.

Empecé a darle instrucción a los policías en polígonos, en cómo sobrevivir en el área, y demás aspectos tácticos en el terreno. También participé en operaciones de entrada, capturas, neutralizaciones y después fui a especializarme en el curso COPES (Comando de Operaciones Especiales y Antiterrorismo), muy exigente físicamente y pues bacano porque se viven experiencias y se adquieren conocimientos. A uno lo entrenan mucho para poder aguantar cualquier adversidad.

¿Cuáles son las dificultades a las que se enfrenta un comando operativo de la Policía? y ¿Cómo sucedieron los hechos victimizantes?

En el momento de los hechos, yo me encontraba haciendo un trabajo en Caucasia (Bajo Cauca antioqueño), cuando nos llamaron y notificaron que teníamos que ir a hacer otro trabajo. Al siguiente día salimos en la mañana y procedimos a realizar el desplazamiento hasta Valledupar (Cesar), donde llegamos y empezamos a hacer la planeación operacional.

En ese entonces se reunieron los comandantes y empezaron a planear la operación. Después socializaron lo definido a todos y escogimos el grupo que iba a entrar. Se estableció que entrarían siete comandos con el “boquilla” (un boquilla era el que nos iba a llevar hasta donde estaba el objetivo) y el resto del personal iba a quedar afuera por si pasaba alguna novedad.

Estando en el hotel, me dijeron que yo iba a ser el guía terrestre de la patrulla. Me entregaron los GPS, la brújula, el mapa y todos los elementos para guiar a mi patrulla hasta donde estaba el objetivo. Entonces revisé coordenadas y el contexto del terreno. Eso es lo que uno tiene que hacer como guía terrestre para ubicarse. Fue así como salimos de Valledupar e hicimos desplazamiento hasta Aguachica.

En Aguachica llegamos al batallón del Ejército Nacional, ahí estaban los helicópteros y el GOER hidrocarburos que era otro grupo operativo que nos iba a apoyar. Estaba el Ejército y el grupo de nosotros.

Como yo era el guía, cargaba unos binoculares para poder ver de lejos. En el chaleco siempre cargaba mi munición de fusil, la pistola, mi cuchillo y una inyección para la picadura de culebra, portaba apósitos, guantes y demás equipamiento, porque se debe aprender a cómo canalizarse usted mismo o cómo inyectarse, en caso de encontrarse solo sin ningún compañero. Por eso uno cargaba todo, granadas de mano, granada de gas y de humo por si algún evento, cargaba su cantimplora de agua.

Continuando con los hechos, empezamos a hacer la infiltración por medio terrestre. Tuvimos que llegar hasta un pueblito donde nos recogió una balsa grande y nos subieron. Todo el mundo con su armamento, pasó por el río y empezó a andar por las trochas. Pasamos por el municipio de Arenal (Bolívar) y varios pueblitos, hasta un punto donde recogimos al boquilla que nos dijo: “de aquí para adelante, si ya quieren váyanse cambiando. De ahí en adelante, esa vaina es caliente, nos adentramos a la boca del ELN”.

Llegamos al lugar donde arribaba el vehículo y nos descargaron. Después ya teníamos que hacer recorrido a pie. Usted aprende a navegar de noche sin que la luz se vea, porque cualquier luz en el área representa un peligro y genera alerta.

“ En una ocasión nos encontrábamos con el Ejército Nacional y el soldado que tenía el canino, salió al parque del pueblo con el perro y de una vez le dieron de baja al uniformado ”

Jonathan Stiven Duarte Mantilla



Hubo un momento en el que llegó un compañero y tuvo que cogerse de una rama la cual se partió y empezó a bajar rodando por ese cerro y le pegó al boquilla, rodando ellos dos de ahí para abajo. Cuando ellos cayeron, el boquilla se rompió la cabeza, nos tocó entonces con el enfermero de la patrulla, curarlo y empezamos a buscar otra vía, y finalmente llegamos hasta donde estaba el objetivo, un cabecilla del ELN, pero la casa estaba cerrada y nosotros esperamos dos días ahí en ese mismo punto.

Al cuarto día nos dicen que coronemos el cerro, y empezamos a subir. Ya cansados, agotados, no teníamos casi agua; entonces los comandantes nos dijeron que teníamos que subir para poder observar si veíamos al objetivo y neutralizarlo. Como a las 12:30 del mediodía, mi Teniente que iba al mando de ese trabajo, nos dijo: “alistémonos y arrancamos y coronemos el cerro y allá descansamos, ahí comemos algo”.

Nos faltaban 150 metros para llegar a la cima del cerro. Me coloqué el moral, tomé mi fusil y como era el guía terrestre, tenía que ser el primero en realizar la avanzada; entonces arranqué y mis compañeros me siguieron. Empecé a caminar, cuando de repente sentí el estallido.

Sentí que caía de espaldas con un pitido en los oídos, yo decía: “pero qué pasó, qué pasó” y ese tierrero y ese poco de humo, con olor a pólvora yo dije: “nos están atacando, nos botaron un tatuco, o alguna vaina”, entonces lo que hice fue coger mi fusil y empezar a mirar para todo lado, pero no sentía nada de dolor. Miraba el terreno y no había ningún compañero por ningún lado. Entonces me dije “aquí hay algo malo”. Cuando decidí levantarme, intenté alzar la pierna, pero no pude. La bota ya no estaba.

Entonces ahí fue cuando me entró el desespero, y empecé a gritar. Se me vino a la mente un compañero que ya había caído en una mina, él no tiene las dos piernas, le reconstruyeron la cara, no tiene unos dedos, entonces

dije “no, por Dios, por qué a mí” y además, días atrás me habían dicho que iba a ser papá, entonces me dije “no, yo tengo que luchar por mi hija, yo no voy a alcanzar a ver mi bebé” y empecé a gritar y a pedir auxilio.

Cuando vi que un compañero venía arrastrándose y me dijo “¿qué pasó?” Y le respondí que había pisado una mina, y él me decía “cálmese, cálmese, ya voy por usted”, yo le dije que no fuera a entrar porque habían otras minas; mi compañero me preguntó si me podía arrastrar y le respondí que lo iba a intentar y en medio del dolor yo veía que eso me salía sangre. Tomé mi fusil, saqué mi pistola, empecé a arrastrarme y llegué hasta donde estaba mi compañero. No sé de dónde sacó tanta fuerza, me cogió del piso, me levantó y me echó al hombro y empezó a andar conmigo hasta donde estaban los otros compañeros.

Cuando mi compañero logró llegar conmigo hasta donde estaban los demás, llegó otro amigo para apoyarlo y entre los dos me ayudaron. Los comandos habían hecho un círculo de seguridad para prestarme protección mientras me atendían por si llegaba la guerrilla para repeler el ataque, y mientras tanto, los enfermeros estaban en el centro atendiéndome, eran los primeros que estaban ahí pendientes de mí.

Se produjo un intercambio de disparos desde otro cerro y yo me decía: “no, yo de esta no voy a salir vivo”. Con el cuchillo que yo cargaba, trozaron el pantalón y se asustaron al ver la herida, enseguida me hicieron un torniquete y empecé a sentir más dolor, ya que no fluía la sangre y les decía que me soltaran ese torniquete y ellos me decían que no podían hacer eso porque me desangraba y me podía morir. A uno en esos momentos le da sed, se le resecan los labios y la garganta, y les dije: “denme algo de tomar, tengo sed” y me decían que no me podían dar agua, fue como de tanto insistirles, cogían con un algodón y me mojaban los labios.

Me llevaron hasta una cancha de un caserío que se llama Santo Domingo en el sur de Bolívar; entonces, los compañeros extendieron un poncho y me subieron entre cuatro y empezaron a caminar por ese cerro abajo y llegamos a un potrero. Llegó un momento en que había un vacío y ellos no se dieron cuenta y cuando fueron a frenar, nos caímos dentro de ese hueco y se me cayó el vendaje de la pierna, lo cual me generó mucho dolor y yo les decía: “no curso, yo no aguanto más, ya me duele mucho, me estoy desangrando mucho”, y el mismo compañero que me alzó cuando había caído en la mina, me cogió y me hecho otra vez al hombro y empezó a correr conmigo.

La gente de ese lugar que estaba presenciando los hechos, se reía de lo que había sucedido, se reían como si estuvieran haciendo una fiesta de lo que había pasado.

Finalmente me subieron al helicóptero, pero debido a la presión por la altura de la aeronave, me desangré más y empecé a ver una luz, a seguir como por un túnel como volando y me decía “¿pero qué estoy haciendo?, ¿yo dónde estoy? Dios santo, ¿qué me está pasando?”.

De repente escucho una voz y pues, digo que esa voz era la de mi abuelita que falleció hace tres años, y yo era uno de los nietos más consentidos de ella. Entonces yo digo que ella fue la que me habló y me decía que no era la hora, que bajara, pero yo le decía “¿Pero bajar de dónde? Baje, baje”; de repente empecé a caer ahí cuando uno está soñando y siente que está cayendo en ese vacío y sentí que entraba otra vez al cuerpo, ahí es cuando me doy cuenta cómo un compañero me estaba haciendo reanimación y el otro me estaba dando respiración boca a boca, porque yo me había ido y ahí volvía otra vez y los pilotos decían “no se puede volver a ir, si se nos va otra vez, ya lo perdemos”.

“ Finalmente me subieron al helicóptero, pero la presión por la altura de la aeronave, me desangré más y empecé a ver una luz, a seguir como por un túnel como volando y me decía “¿pero qué estoy haciendo?, ¿yo dónde estoy? Dios santo, qué me está pasando?” ”

Jonathan Stiven Duarte Mantilla







Hombre y fantasma enfrentados finalmente

Óleo sobre tela. 2,25 x 1,40 m

1999, Germán Londoño



¿Por qué son significativos esos objetos como la cadena, las estampitas y el cuchillo durante los hechos victimizantes?

Respecto a la cadena, yo soy una persona muy católica, desde muy pequeño me enseñaron a creer en Dios y pues la cadena tiene a nuestro Señor Jesucristo crucificado y es, como se dice, cuando usted está recibiendo la hostia, es el cuerpo de Nuestro Señor y cuándo usted recibe el vino, es la sangre de Nuestro Señor; entonces yo creo mucho en él y este objeto es el que me ha protegido siempre. El Señor Jesús fue quien me sacó de allá. La cadena fue bendecida por un señor Obispo de Santander, entonces es muy valiosa para mí, me la ayudó a comprar mi madre y por eso le tengo mucho aprecio. Me ha acompañado en muchos años.

Esta cadena siempre la he cargado y cuando estaba en operativos peligrosos, no me la quitaba del cuello. Me la salvaron porque el día que me fueron a ingresar a cirugía allá en Aguachica (Cesar), mi Teniente me la quitó del cuello y me la regresó después —yo pensé que la había perdido— pero acá la tengo, siempre he andado con ella y mejor dicho, es la que me ha ayudado a salir adelante.

Igualmente, tengo unas estampitas que siempre he llevado en la billetera. La estampita del ángel San Miguel, que es el que siempre me ha protegido. En la casa tengo una estatua de él, entonces siempre la llevaba en la billetera; esa imagen me cuidaba de todos los peligros que tenía. En cuanto a la Virgen de Guadalupe, mi madre me enseñó a creer mucho en ella.

También tengo una estampita de la Virgen del Carmen, mi esposa es de allá del Carmen de Apicalá (Tolima) de donde es la Virgen. Siempre la cargo, ella es muy devota a la virgen y me hizo también ser devoto a ella. Estos son mis tres santos que siempre cargo en la billetera, para donde quiera que voy los llevo.

Con el cuchillo llevo más de cinco años. Es un elemento muy valioso para mí, siempre lo cargaba en en mi chaleco, en las operaciones; con ese cuchillo a uno le enseñan mucho a cómo defenderse. Entonces si se me acababan las municiones, si tenía un enemigo cerca, con este elemento era con el que yo me iba a defender, o si algún animal estaba cerca y me encontraba en peligro, con esto yo me defendía.

Así mismo fue el objeto con el cual los enfermeros cortaron el pantalón que tenía puesto, para poder ver la herida cuando pisé la mina antipersona, y poder atenderme y hacer los torniquetes.

Mi amuleto de mi buena suerte en estos momentos es mi prótesis, gracias a ella he podido caminar, he podido levantarme. Hay días que he llegado a estar achicopalado porque no es bueno perder una parte de su cuerpo, es duro salir adelante, pero ahí vamos. Lo estoy haciendo por mi Institución, por mi familia y ojalá la Policía Nacional nunca se olvide de mí y no me recuerde simplemente como una víctima del conflicto, al que envían para la casa pensionado y listo.

Quiero aportarle mucho a la Policía, soy comando y siempre seguiré siéndolo. A nosotros nos enseñan que los comandos somos inmortales y por eso estoy vivo, inmortal seré siempre.

El Grupo de Operaciones Especiales Rurales (GOER) está conformado por tres escuadras: una de ellas se denomina “Los Lince”, porque son como un gato en la oscuridad, ágiles y audaces; en otro grupo están “Los Mambas” que llevan el nombre de una culebra muy peligrosa, pues una milésima de su veneno puede matar a un elefante, y son certeras en asaltar a la presa, y “la escuadra de los Vikingos”, a la cual pertenezco, en conmemoración a los íconos culturales de antiguos guerreros nórdicos.

Fue por ello que hice un estampado en mi prótesis con dos hachas en forma de cruz, un fusil, una pistola, y una gran barba que representa la fortaleza interior del vikingo. Por esta razón, actualmente mi prótesis es símbolo de valentía y fortaleza, gracias a ella he podido caminar y levantarme. Recuerdo que desde que hice el curso junto con la “Escuadra de los Vikingos” nos enseñaron que los comandos somos inmortales. Pues bien, mi prótesis es símbolo de esa inmortalidad que supera toda condición de fragilidad y vulnerabilidad, y que transforma todo infortunio en una poderosa lección de vida.

No me considero una persona sanguinaria, soy muy noble, porque entre más el comando sufre, más humilde es con las personas y eso es lo que yo soy, una persona muy humilde con los demás. Quiero aportar mucho a la Policía si se puede, y quiero ser alguien en la vida, me gusta mucho el deporte y quiero ser un deportista, quiero salir adelante por mi familia, mi princesa Evangeline, mi esposa y mi mamá, que me apoya mucho.

He ido al Tolima donde está la base del grupo a recordar viejos tiempos. Los he visitado allá para ir a disparar porque me gusta hacer polígono, me gusta la adrenalina y espero que ojalá llegue el día en que pueda servir como instructor a más de uno y aportarles mis conocimientos. Yo quiero dejar huellas imborrables, estampadas en el corazón de la gente para inspirar a quienes se sienten desfallecer, a pesar del dolor, a que se levanten y vuelvan a comenzar, a renacer.



“ Mi amuleto de mi buena suerte en estos momentos es mi prótesis, gracias a ella he podido caminar, he podido levantarme ”

Jonathan Stiven Duarte Mantilla





Mujeres y hombres cruzando un río profundo (díptico)

Óleo sobre tela. 1,95 x 2,50 m

2000, Germán Londoño



Sobreviviendo

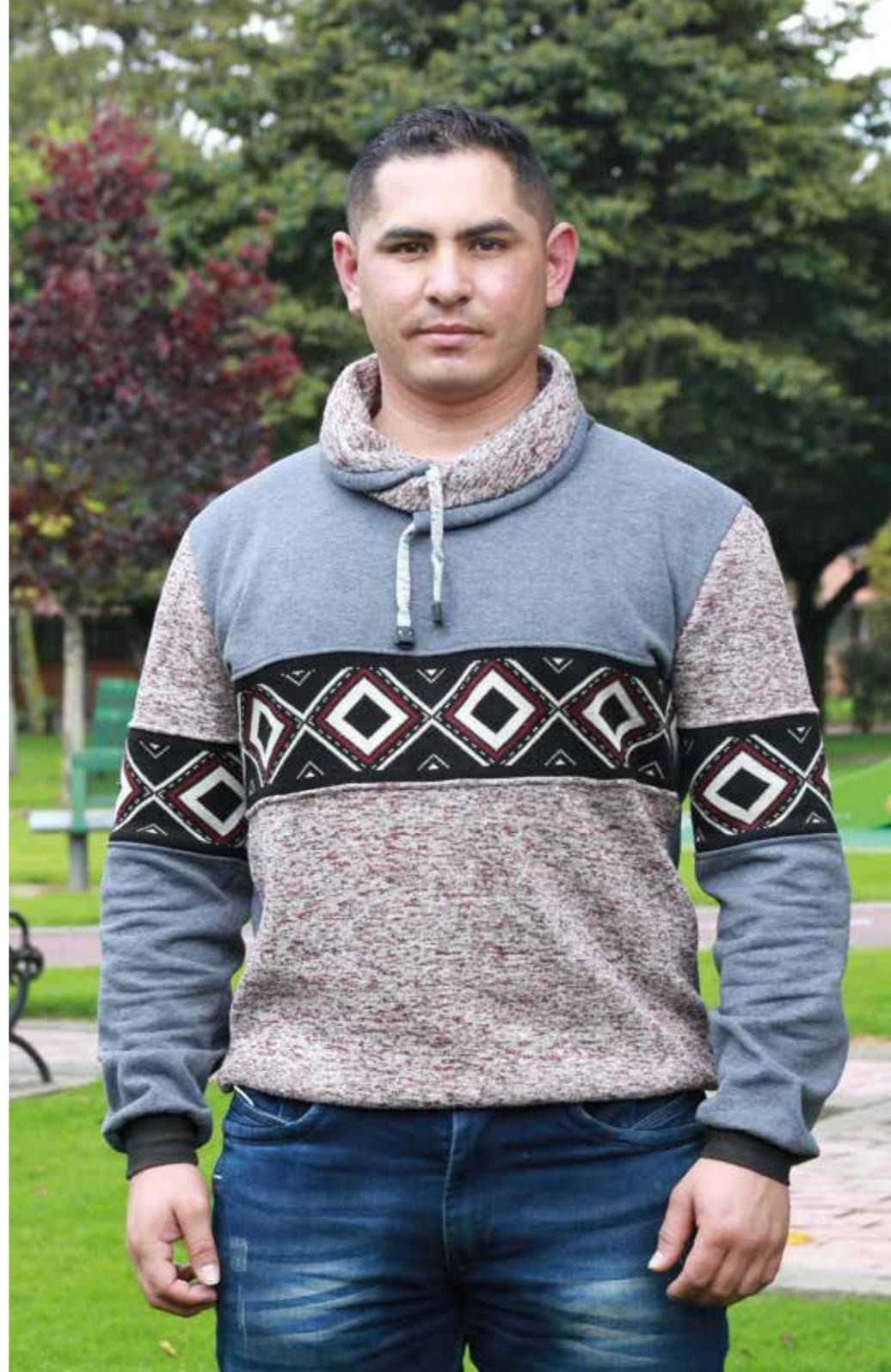
a la explosión del terror





“ El explosivo estaba enterrado en unas supuestas cantinas de leche. No era una sola, estaban llenas de explosivos, eran bastantes. Realmente mis compañeros y yo, no nos explicábamos cómo no me había pasado nada ”

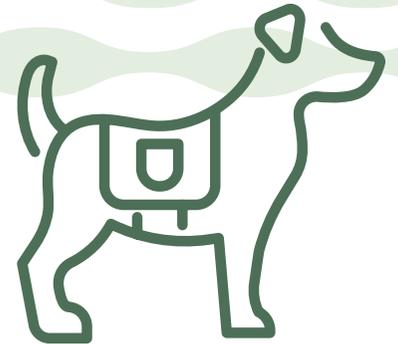
Maicol Stick González Sánchez



Maicol Stick González Sánchez

Subintendente de la Policía Nacional

El Suboficial laboró en la Dirección de Antinarcóticos de la Policía Nacional. Previo proceso de entrenamiento, fue destinado a cumplir labores de erradicación manual de cultivos ilícitos entre los años de 2008 y 2009. De multitud de operativos “salió bien librado”, según sus propias palabras “a pesar de hostigamientos y de ver compañeros mutilados luego de caer en campos minados”. Para el 2010 cumplía funciones como Guía canino, cuando fue víctima de un artefacto explosivo improvisado.



¿Cuándo explotó el artefacto, dónde se encontraba y cuál fue la mayor dificultad a la que se enfrentó?

En el año 2010, estaba entrando la avanzada, es decir, los que van primero a verificar el terreno para que entrara todo el grupo de erradicadores, quienes arrancan las matas de coca.

Los hechos se registraron en el departamento de Antioquia, entre los municipios de Tarazá y Puerto Valdivia, cuando estábamos atravesando el río Cauca en canoa y empezamos a subir una montaña. Sobre el medio día por el camino, encontramos la casa de unos campesinos, ahí paramos a tomar agua y a abastecernos.

En el momento en que arrancamos había mucha neblina; estábamos pensando en establecer la base de patrulla en esa zona y como yo era el Guía canino, con la perra revisamos todo el terreno y todo estaba bien. Detallamos la zona para que aterrizara el helicóptero, nos devolvimos a avisarle al grupo que ya se había revisado y que podían aterrizar en esa parte, para que trajeran la comida y a los erradicadores.

Posteriormente, íbamos más o menos doce personas por un camino, cuando de repente hubo una explosión y no supimos qué había pasado, no nos dimos cuenta de nada. Sobre el camino no se veía nada. Iba algo afeitado porque no había almorzado, pero la perra en ese momento se devolvió. En el preciso momento en que ella se devuelve yo paro, miro hacia adelante y ocurre la explosión.

Cuando reaccioné estaba acostado en el piso, me levanté y pensé que de pronto había pisado una mina, porque tenía tierra en las piernas y me sacudí para ver si estaba completo; al ponerme de pie me fui de lado. El oído izquierdo me empezó a doler mucho, el sonido que se escucha en las películas de las explosiones, ese sonido sí existe, yo lo viví.

Como pude me levanté, el fusil que portaba no salió a volar porque lo tenía bien seguro, entonces pensamos que no le había pasado nada a nadie, porque todos estábamos completos. Recuerdo que delante de mí, iba un auxiliar de Policía. La perra desapareció.

Según mis compañeros a nadie le había pasado nada, pero alguien faltaba. Delante de mí iba un compañero. Cuando me devolví cerca de donde había caído, encontré un pedazo de uniforme con sangre. Al dar la alerta, reunieron a los auxiliares para contarlos y vimos que faltaba el auxiliar Vargas González, un muchacho de 19 años, oriundo de Armenia (Quindío).

El cráter que dejó la explosión, tenía más o menos 1,10 metros de profundidad y de 3 a 4 metros de diámetro. Todo el camino quedó destrozado. Al parecer el objeto fue detonado a control remoto. En ese momento había neblina, entonces no había manera de que alguien estuviera cerca y nos viera, pero lo activaron precisamente cuando los policías íbamos pasando.

Nos pusimos a buscar al muchacho y me acordé de varios campos minados en los que caían compañeros y siempre quedaban mal heridos, pero en esta ocasión no quedó nada. Encontramos un pedazo de piel de la cara, los intestinos, un pedazo de fusil y un pedazo de bota; la explosión lo desintegró totalmente.

Después de esto, entró el helicóptero y llegaron a recoger a los heridos y a los compañeros afectados por el sonido de la explosión. En Medicina Legal nos tomaron las versiones, nos hicieron unos exámenes y con los compañeros que trabajaban en el municipio de Caucasia (Antioquia) en la SIJIN se instauró el respectivo denuncia, atribuido al ELN.

Salí afectado de un oído y psicológicamente. Hoy en día puedo contar esta historia. Ya no me tiembla la voz, pero es complicado.



¿Cuáles son las consecuencias emocionales, psicológicas y físicas de una explosión no controlada?

Las personas piensan que todos los policías estamos solo en la ciudad, yo también pensaba lo mismo, no sabía que la Policía hacía presencia en zonas rurales y había que estar en el monte y durar mucho tiempo en esas zonas.

Muchas personas no saben que la Policía Nacional cumple esta faceta de ir a arrancar matas de coca; de hecho, yo tampoco lo sabía cuando empezaba mi trayectoria en la Institución, claro está que uno asume estos riesgos desde que entra a la Institución

Sin embargo, luego de los hechos de terrorismo que vivimos quedan secuelas o traumas psicológicos. A la fecha, siempre permanezco en estado de alerta, pues aunque yo quedé bien, desafortunadamente la familia del compañero desaparecido sufrió mucho y su muerte me impactó grandemente.

Lo que más recuerdo fue la comunicación de la noticia del auxiliar muerto, pues siempre los familiares le dicen a alguien que quieren ver el cuerpo de su ser amado y fue muy difícil ver la negación de padres que se resisten a la muerte de un hijo al no ver su cuerpo, porque no había nada que entregarles. La explosión había acabado con él.

“ Nos pusimos a buscar al muchacho y me acordé de varios campos minados en los que caían compañeros y siempre quedaban mal heridos, pero en esta ocasión no quedó nada. Encontramos un pedazo de piel de la cara, los intestinos, un pedazo de fusil y un pedazo de bota; la explosión lo desintegró totalmente ”

Maicol Stick González Sánchez



¿Cuál es el objeto simbólico que “lo traslada” y “conecta” con el hecho victimizante, pero también con la posibilidad de superar la adversidad y de ser portador de un mensaje de esperanza para otros uniformados que han sufrido ataques o daños a su integridad?

Resulta que en la casa donde nos detuvimos para abastecernos, a comer y a beber agua, había una imagen muy parecida a esta efigie o monumento de San Agustín en madera; entonces un día que estaba con mi esposa mirando las artesanías lo vi y lo quise comprar, porque me acordé de ese momento, de la casa donde la vi, porque hasta ese instante, antes de los hechos, todo estaba bien, tranquilo, todo estaba normal, pero después de esa situación se nos alteró todo drásticamente para muchos.

El sitio de la explosión fue en el departamento de Antioquia, en zona rural entre el municipio de Tarazá y Puerto Valdivia. En ocasiones uno se encontraba con vecinos y de vez en cuando con algunos indígenas, quizás ellos son más dados a sus imágenes, de pronto sea una creencia de esa familia que estaba en esa casa, pero me pareció muy curiosa la imagen, siempre que la veo me acuerdo de ese momento, de ese día.

Casi muero, pero me salvé, porque realmente estaba muy cerca del compañero que falleció. Estaba a escasos dos metros o dos metros y medio de él. El explosivo estaba enterrado en unas supuestas cantinas de leche. No era una sola, estaban llenas de explosivos, eran bastantes. Realmente mis compañeros y yo, no nos explicábamos cómo no me había pasado nada.

Hoy en día laboro en el Grupo de Talento Humano, en el Área Administrativa; les hablo a los compañeros más nuevos, para que valoren lo que tienen, que valoren estar aquí en Bogotá, que aunque es una ciudad grande con mucho tráfico y trancones, están aquí y todos los días van a la casa y ven a sus familias. Cuando nosotros nos íbamos a erradicar, eran

60 días de estar en la zona y muchos compañeros no volvían, es algo que hay que agradecer, que uno todavía esté vivo y presente.

“ Lo que más recuerdo fue la comunicación de la noticia del auxiliar muerto, pues siempre los familiares le dicen a alguien que quieren ver el cuerpo de su ser amado y fue muy difícil ver la negación de padres que se resisten a la muerte de un hijo al no ver su cuerpo, porque no había nada que entregarles. La explosión había acabado con él ”

Maicol Stick González Sánchez

Mujer devorada por un jaguar

Óleo sobre tela. 1,80 x 2,20 m

1999, Germán Londoño





Hombre mirando a través de la ventana

Arcilla, madera, tela, vidrio, hierro y lámina de hierro. 2, 10 m de altura.

2001, Germán Londoño



*Contar pasos
hacia la esperanza*





*Dedicado a todos los policías que con su abnegación
y entrega materializaron sueños, forjaron esperanza
y construyeron una Colombia mejor.*



Edificadores de Paz

Bogotá D.C., 2018



UNIDAD PARA LAS VÍCTIMAS

“ Ser policía en el departamento del Cauca es muy difícil. Nos tocaba estar pendiente si alguien se acercaba, porque uno no sabía si había un plan pistola ”

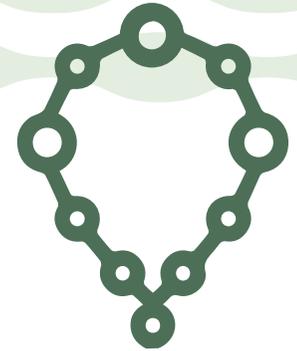
Ángel David Ruiz Gutiérrez



Ángel David Ruiz Gutiérrez

Subintendente de la Policía Nacional

El Subintendente tiene una trayectoria de 15 años en la Policía Nacional. Laboró en varias especialidades como el Grupo de Operaciones Especiales Rurales de la Dirección de Carabineros y Seguridad Rural (DICAR). Fue víctima de un artefacto improvisado el 25 de febrero de 2010, cuando ostentaba el grado de patrullero. Junto a él, 11 uniformados sufrieron el impacto de la explosión en la vía entre Coconuco (departamento del Cauca) y Paletará (departamento del Huila). Los policías se dirigían a apoyar al Gaula en la misión riesgosa de liberar a unos ciudadanos secuestrados. Después de los hechos victimizantes, fue destinado a pertenecer al Grupo de la Fuerza Disponible, trabajó en vigilancia comunitaria y luego retornó a su desafiante labor en operaciones especiales.



La ubicación del departamento del Cauca ha hecho que distintos actores armados ilegales hayan establecido un corredor estratégico para mover armas y drogas. En este contexto geográfico en el que usted se encontraba, ¿cómo ocurrieron los acontecimientos y cuáles eran las dificultades para prestar el servicio policial?

Ser policía en el departamento del Cauca es muy difícil. Como uniformado usted no puede salir a una tienda a comprar algo porque, por ejemplo, en esa época, tenía que salir toda la patrulla y bordear las calles primero para que un francotirador no fuera a afectar su vida. Nos tocaba estar pendiente si alguien se acercaba, porque uno no sabía si había un plan pistola. Muchas veces llegamos a poblaciones donde la gente decía “disculpenme, no puedo venderle alimentos, tengo prohibido venderles un agua, una gaseosa, porque si no a mí me van a hacer algo”; entonces, ahí es donde uno ve lo fuerte que es la guerra, donde uno se da cuenta de la realidad del conflicto.

Durante el año 2008 la prioridad era la seguridad rural, entonces fui destinado a conformar los Escuadrones Móviles de Carabineros que antiguamente eran conocidos como contraguerrillas, por el homónimo del grupo que realizaba esta labor en el Ejército Nacional.

Antes me encontraba trabajando en el Escuadrón Móvil de Carabineros del departamento del Quindío y ahí apoyábamos fases de erradicación manual. En lo personal era muy duro ver cómo la violencia irrumpía en la cotidianidad de la gente, dado el gran número de minas antipersona mimetizadas y sembradas en territorios rurales. Fue por ello que tomé la decisión de especializarme en desminado y explosivos, para evitar este tipo de afectaciones a las poblaciones más vulnerables a este fenómeno y poder atender a algún compañero que fuera víctima de una mina.

Recuerdo que estando en la labor de verificar el proceso de restitución de tierras y de atender la situación de orden público debido a las masacres que se presentaban, llegó la orden de apoyar los grupos policiales del departamento del Cauca, teniendo en cuenta que la mayoría de poblaciones estaban siendo atacadas por la guerrilla. Entonces llegamos a este territorio y realizamos varias operaciones de desarticulación de laboratorios de coca y marihuana.

El día en que ocurrió el atentado, el Gaula pidió el apoyo del Grupo de Operaciones Especiales para ir a liberar unos ciudadanos secuestrados. Tomamos las coordinaciones del caso para dirigirnos al punto; uno sabe que sale, pero no sabe si va a regresar. En esta oportunidad íbamos con la convicción de que íbamos a liberar a alguien y a regresar.

Recuerdo que los hechos sucedieron el 25 de febrero de 2010. El atentado fue en la vía entre Coconuco (Cauca) y Paletará (Huila), más exactamente en el Parque Natural Puracé. La información obtenida era que la guerrilla tenía unos secuestrados. Fue entonces cuando conformamos el operativo y nos dirigimos al punto donde se creía que estaban los cautivos.

Durante el desplazamiento sucedió algo que no es normal y fue que antes de tomar una vía alterna, que era destapada, un grupo de obreros estaban trabajando sobre la carretera, y no era normal que las personas lo saludaran a uno o que le hablaran con afecto, y una de esas personas, cuando pasamos nos vio y nos dijo “adiós amigos”. Volteamos a mirar y se nos hizo extraño. En ese momento algo dentro de mí me decía “nos van a atacar, nos va a pasar algo”. Yo le dije a mi Intendente, —uno de los que perdió la vida en ese hecho—, que nos iban a atacar o emboscar y él decía: “tranquilo, para eso nos entrenamos, tranquilo que estamos todos tranquilos”.

Éramos 11 integrantes en el grupo de avanzada que íbamos en la camioneta y en el momento de la explosión, quedaron dos muertos y el resto heridos de los cuales, cuatro eran heridos de gravedad —en los que me incluyo— y de los cuales el único que continúa trabajando en la Policía soy yo.

Cuando estábamos en una curva sobre la vía, estalló un artefacto explosivo. Ahí quedamos unos heridos y otros compañeros resultaron muertos. Fue una carga muy grande que destruyó totalmente el vehículo y luego nos remataron con ráfagas de fusil.

La explosión me causó la ruptura del húmero, fractura mandibular y un edema en el cuello bastante grande. Eso fue a las 9 de la mañana, las heridas fueron múltiples: esquirlas en la cabeza y oído. Cuando ya logré llegar al hospital en Popayán a las 3 de la tarde, tuvieron que intervenirme de urgencias, me reanimaron en cirugía y el resultado final fue que padecí una larga recuperación de la fractura mandibular. Fueron largos días de dolor.

Los médicos tuvieron que reconstruirme la mandíbula y sacar las esquirlas de la cabeza y del brazo. Tengo un acortamiento y una deformidad que limita mi movilidad. En el hospital me pusieron un tubo para respirar por seis meses. Físicamente ya no podía dar el 100 %.

Cuando sucedieron los hechos, una señora se acercó a la Estación de Policía y dijo que “por favor no vayan a salir en las ambulancias que vienen, porque los van a rematar”; entonces la evacuación de nosotros tuvo que ser por helicóptero. Los autores que ejecutaron la emboscada, fueron estructuras de la entonces guerrilla de las Farc que hacía presencia en la zona. La dinámica terrorista y criminal de esa organización guerrillera hacía que el escenario fuera muy difícil, porque normalmente ellos

emboscaban patrullas policiales con la utilización de artefactos explosivos improvisados y minas. Luego remataban a los uniformados para poderles hurtar el armamento y demás elementos de intendencia; entonces, la finalidad de ellos siempre era eliminar a los policías o a las patrullas del Ejército Nacional, porque ellos necesitaban hurtar y adueñarse del material de guerra.

¿Cuál es la relación entre las lesiones que sufriste y las chaquiras que guardas como un tesoro especial?

El objeto más emblemático que me permite recordar ese momento son unas chaquiras o “cuenta pasos”. En el área rural se usan para contar cuántos pasos se deben dar en un desplazamiento largo. Para esa época los medios tecnológicos no eran tan avanzados; entonces cada chaquira representaba un kilómetro en la parte superior y en la parte inferior, unos 100 metros. Cada vez que yo caminaba 100 metros, subía y contaba una chaquirita, y así, a medida que iba caminando, sabía con exactitud el punto en el que me encontraba y a donde me dirigía.

Un compañero tenía dos “cuenta pasos” y yo siempre le decía: “¡curso, regáleme, regáleme uno panita!, ¡regáleme uno para tenerlo como lazo de amistad!, ¡vea usted tiene dos, deme uno!” Yo no quería comprarlo, quería que me lo regalara. Entonces me dijo: “¡listo! tome, se lo doy” y lo coloqué en la parte izquierda de mi solapa.

Las chaquiras son un símbolo de la amistad en la Policía. Durante el curso uno tiene lazos de hermandad, porque todos los compañeritos que hacen ese curso sufrimos para lograr los objetivos que nos hemos propuesto, para cumplir unas metas. Así mismo compartimos pruebas y en el curso de entrenamiento, nos miden académicamente, físicamente, mentalmente, entonces, como todos lo estamos haciendo, todos nos apoyamos.





Fantasma colombiano cruzando un río de sangre

Óleo sobre tela. 1,95 x 1,45 m

2000, Germán Londoño



Cuando alguien desiste y dice ¡no puedo más, me retiro!, le decimos ¡no, vamos, vamos adelante que sí se puede! cuando alguien se cansó, se lastimó, le pasó algo, uno le dice venga yo le ayudo a cargar su carga, pero terminemos la prueba. En las dificultades reforzamos nuestros lazos de hermandad.

Pero, ¿cuál es la relación entre las chaquiras y el día del atentado?

Pues bien, cuando iniciamos el desplazamiento para el operativo, íbamos en la camioneta y ahí fue la explosión, el estallido afectó la parte izquierda del cuerpo, mató a mis compañeros y afectó a mi “cuenta pasos”.

Se perdieron dos chaquiras de las nueve que debían ser, había siete. La guerrera o chaqueta, quedó con sangre, estaba herido y en ese momento en que los enfermeros me atendieron y me dirigieron al centro asistencial, mi compañero cuando vio la chaquira, la retiró de mi solapa sin saber si me iba a salvar, sin saber si de pronto me iba a morir, y cuando ya supieron que gracias a Dios había sobrevivido, que sí iba a salir adelante, cuando ya tuve uso de razón, porque estuve en coma, habló conmigo nuevamente y me entregó la chaquira y me dijo: “vea se la regreso para que no la pierda”. Desde entonces “el cuenta pasos de chaquiras” es un símbolo de hermandad y de que hice algo bueno y grande por la seguridad de mi país.

¿Cuál es la relación entre las chaquiras y el rol que tienes ahora como instructor? ¿Cuál es el mensaje para las nuevas generaciones?

El objeto yo lo guardo para que sea memoria, para que mis hijos sepan, para que la gente a la que yo les puedo contar, sepan lo que se vivió en esos momentos. Para mí representa la amistad, la hermandad, hoy día la gente desconfía mucho de los demás, pero la amistad en realidad existe y el “cuenta pasos” es un símbolo de ello.

Como instructor en este momento que soy de auxiliares de Policía, ellos lo ven a uno y siempre me preguntan, ¿por qué decidió continuar?, ¿por qué sigue usted como policía y no se hizo a un lado sabiendo que casi lo matan?, y yo les respondo que es por vocación, que un policía no debe pensar solamente en una estabilidad y unos ingresos, que también debe tener un mínimo de vocación, porque salimos es a servir a la sociedad.

Yo les cuento la historia del “cuenta pasos”, de cómo fue el transcurrir de los hechos. Les digo que deben ser policías profesionales y asumir los riesgos, bajo la convicción del servicio.

¿Qué dijeron los medios de comunicación de este hecho?

Ese hecho salió por televisión y en los periódicos. Mi familia no sabía que yo me encontraba en el departamento del Cauca, yo no les decía a ellos para que no se preocuparan. La noche anterior, algo me dijo que llamara a mi hermano y le informara que yo estaba en el Cauca, que se diera cuenta de la situación que estábamos viviendo y que si llegaba a pasar algo, él supiera que yo estaba allá.

Cuando pasó el hecho victimizante, inmediatamente mi hermano al ver las noticias de que habían emboscado una patrulla de la Policía y que habían muertos y heridos, él empezó a marcarme al teléfono y cuando vio que no le contesté, de una vez sintió algo que le decía que yo era uno de los heridos.





“ Las chaquiras son un símbolo de la amistad en la Policía. Durante el curso uno tiene lazos de hermandad, porque todos los compañeritos que hacen ese curso sufrimos para lograr los objetivos que nos hemos propuesto para cumplir unas metas. Así mismo compartimos pruebas y en el curso de entrenamiento, nos miden académicamente, físicamente, mentalmente, entonces, como todos lo estamos haciendo, todos nos apoyamos ”

El cuenta pasos de chaquiras: Un símbolo de hermandad y valentía. En el momento crítico del operativo, la explosión afectó la integridad del Subintendente y cobró la vida de sus compañeros

Ángel David Ruiz Gutiérrez

Juguetes colombianos

Madera, lámina de hierro y perritos de cuerda. 32,5 cm de altura

2001, Germán Londoño



*Insignias
del perdón*





MELO C.



“ Fui víctima del conflicto armado el 2 de mayo de 2004, cuando eran las 07:30 de la noche y estábamos cumpliendo labores de vigilancia... Nos informaron que había ocurrido una explosión en la que varias personas resultaron heridas ”

Ómar Eudoro Melo Cruz



Ómar Eudoro Melo Cruz

Intendente (R) de la Policía Nacional

El suboficial ingresó a la Escuela de Granaderos de la Policía Nacional en el año 1993, en el Espinal (Tolima). Tuvo una trayectoria institucional de 22 años y cuatro meses. Prestó su servicio a la patria en el Departamento de Policía Boyacá, en grupos de contraguerrilla. En la ciudad de Bogotá se desempeñó en la vigilancia, en las estaciones de Policía Santa Fe y Usme, en una álgida época de orden público. Fue víctima de un artefacto explosivo el 2 de mayo de 2004, al ayudar a unas víctimas de otra detonación previa ocurrida el mismo día.



¿Cuál era la situación de orden público de la ciudad de Bogotá cuando sucedió la explosión? y ¿Cuáles eran las amenazas a las que frecuentemente se enfrentaba el policía?

Para el año 2004 el conflicto armado se manifestaba en acciones indiscriminadas de terrorismo contra la población y la Fuerza Pública. Para ese tiempo se venían presentando varios atentados que azotaban la capital del país, y a nivel nacional ocurrían frecuentes tomas guerrilleras en los pueblos.

En mi caso particular, fui víctima del conflicto armado el 2 de mayo de ese mismo año, un día después del “Día del Trabajo”, cuando eran las 07:30 de la noche y estábamos cumpliendo labores de vigilancia y patrullaje. A esa hora, la central de radio nos avisó que debíamos dirigirnos a la Carrera 13, al lado del Ministerio de Trabajo y Protección Social. Nos informaron que había ocurrido una explosión en la que varias personas resultaron heridas.

Atendiendo el llamado, acudimos de inmediato con un compañero que tenía el grado de Agente y nos fuimos en una motocicleta policial para llegar lo más pronto posible. Efectivamente había explotado una bomba. El escenario era fatídico, encontramos vidrios rotos, personas lesionadas pidiendo auxilio y empezamos a acordonar el lugar para sacar a los heridos y auxiliarlos. Cerramos las vías y después de cinco minutos, a cuatro metros de donde nos encontrábamos, ocurrió otra explosión que nos dejó aturridos e inconscientes.

Nos levantamos pensando que iba a haber una nueva explosión. En medio de la tragedia me dirigí hacia la Carrera 7ª cuando vi a un compañero policía que se estaba arrastrando y pidiendo ayuda. Lo auxilié pero no

me percaté de que me encontraba herido en la pierna izquierda. Por la adrenalina del momento no sentía el dolor que me producía esa gran herida y me devolví a buscar a mi compañero.

Posteriormente, pasó un vehículo donde una persona nos hizo saber que nos iban a auxiliar, pero nosotros desconfiamos, pensamos que podía ser uno de los terroristas. Sin embargo, se identificó y nos dijo que era patrullero y que quería ayudarnos, llevándonos al hospital. En ese momento decidimos confiar y nos subimos al vehículo, que efectivamente nos llevó al Hospital de la Policía.

Durante los hechos me encontraba laborando en el Departamento de Policía Bacatá, unidad dependiente del Comando de la Policía Metropolitana de Bogotá. En la Estación de Santa Fe, tenía el grado de Subintendente; era un cargo muy importante porque ante la atención que merecía la difícil situación de la época, siempre designaban a un patrullero antiguo para estar en la vigilancia. Además, yo tenía una “insignia de servicios distinguidos” que era para policías que no habían tenido llamados de atención en su trayectoria policial, como era mi caso.

Infortunadamente, ocho días después del hecho victimizante donde salí herido, ocurrió otro atentado en la localidad de Suba en Bogotá, en el que murió una patrullera que trabajaba en la vigilancia. La situación del país era demasiado complicada y todo el tiempo se producían alertas tempranas sobre posibles artefactos explosivos por toda la ciudad.

¿Cuáles fueron las lesiones visibles e invisibles que dejó la explosión?

Según investigaciones, ese atentado terrorista fue perpetrado por la entonces guerrilla de las Farc. Los hechos afectaron a un total de nueve compañeros y varios civiles, todos víctimas de esa organización guerrillera.

Este hecho marcó mi vida al sufrir varias lesiones físicas en la rodilla, el pie y el oído, así como secuelas de perforación timpánica y afectaciones psicológicas. Luego de aquel día, duré mucho tiempo sin poder dormir. Me sentía en una situación de persecución y de miedo. Por estos motivos, salí incapacitado 15 días, pero con miedo y zozobra de que pasara esto nuevamente. De ahí en adelante no vivía tranquilo, porque cuando llegaba a cualquier lugar y veía algún paquete, creía que iba explotar. Vivía con esa psicosis y pasó mucho tiempo para ir asimilando ese atentado.

¿En qué momento se produjo el tránsito del miedo y el resentimiento por lo sucedido, al perdón como medio de restauración personal?

Durante mucho tiempo tenía resentimiento, repudio y odio. Inclusive con todo el tema de los diálogos entre el Gobierno nacional y las Farc en La Habana (Cuba), y la firma de paz, el perdón, el olvido y la reconciliación, yo decía en mi interior: “no los quiero perdonar”.

No obstante, hoy en día le diría a ellos que los perdono, que luego de un proceso de sanación interior, logré perdonar a las Farc. Perdono a los que hicieron ese atentado que afectó gravemente a varios de mis compañeros. En la actualidad, mi corazón está más tranquilo con Dios. Mi mensaje para ellos es que recapaciten y no vuelvan a hacerlo, debido a que quienes hicieron parte de estas estructuras armadas, deben tomar honesta y verdaderamente la decisión de no volver a delinquir, y de reconocer su error y su capacidad de conexión con el dolor de las víctimas.

Los nombres de los policías y militares que fueron víctimas durante el conflicto, están escritos simbólicamente en ese “gran monumento del alma de la nación”, que es la memoria histórica del conflicto.

Al respecto, ¿cuál es la historia de la placa que alguna vez portó?

Que no solo lleva su apellido sino que remite al significado de una historia que no puede quedar en la impunidad y que hace parte de la memoria histórica del conflicto.

Para esa época nos identificábamos solamente por el apellido, el mío era “Melo”. Todos nos conocíamos por el apellido, no por el nombre. Hoy en día, a causa de los procesos de transformación institucional, las insignias de la Policía Nacional incluyen el nombre completo. La mía diría: “Omar Melo”. Va escrito el nombre y el apellido completo del uniformado.

En lo personal, para mí significa mucho esa reforma institucional, porque nos dio identidad como personas y funcionarios públicos; además de incentivar el sentido de pertenencia hacia nuestra Policía, al incluir en una placa, insignia o distintivo el nombre de quien decide voluntariamente servir a la patria, y aunque el apellido es muy importante, el nombre relata la historia de un ser humano, aun antes de nacer.

El nombre y el apellido, por ejemplo, de alguien que fue víctima del conflicto, es un recordatorio permanente de hechos que no pueden quedar en la impunidad; también son un recordatorio de la esperanza y de la importancia de dejar el odio atrás y de avanzar hacia el perdón. En este sentido, el nombre de nuestras víctimas es un recordatorio permanente de hechos que nunca deberían volver a suceder. El nombrar a los nuestros, es el mejor homenaje a la vida después de la muerte. Esa es la importancia de que sus nombres sean rescatados por quienes construyen la memoria histórica del conflicto.



“El arte para mí es un acto humanitario y conlleva la responsabilidad de crear un efecto en la humanidad: el de hacer del mundo un mejor lugar”.

Jeff Koons

Artista estadounidense, dedicado al arte conceptual, minimalista y pop (1955)

“El arte permite ver, a través del sentir. Por esta razón, mediante el descubrimiento de “tesoros ocultos” contenidos en objetos personales, facilitados por policías víctimas del conflicto, se construyó una galería simbólica de la memoria, ante el deber de inspirar a las nuevas generaciones, brindar referentes sobre la virtud de resistir hitos históricos de crueldad y la posibilidad de sólo ser prisioneros de la esperanza”.

María Victoria Pérez

Investigadora principal y escritora





IMPRESA
NACIONAL
DE COLOMBIA

www.imprenta.gov.co
PBX (0571) 457 80 00
Carrera 66 No. 24-09
Bogotá, D. C., Colombia

